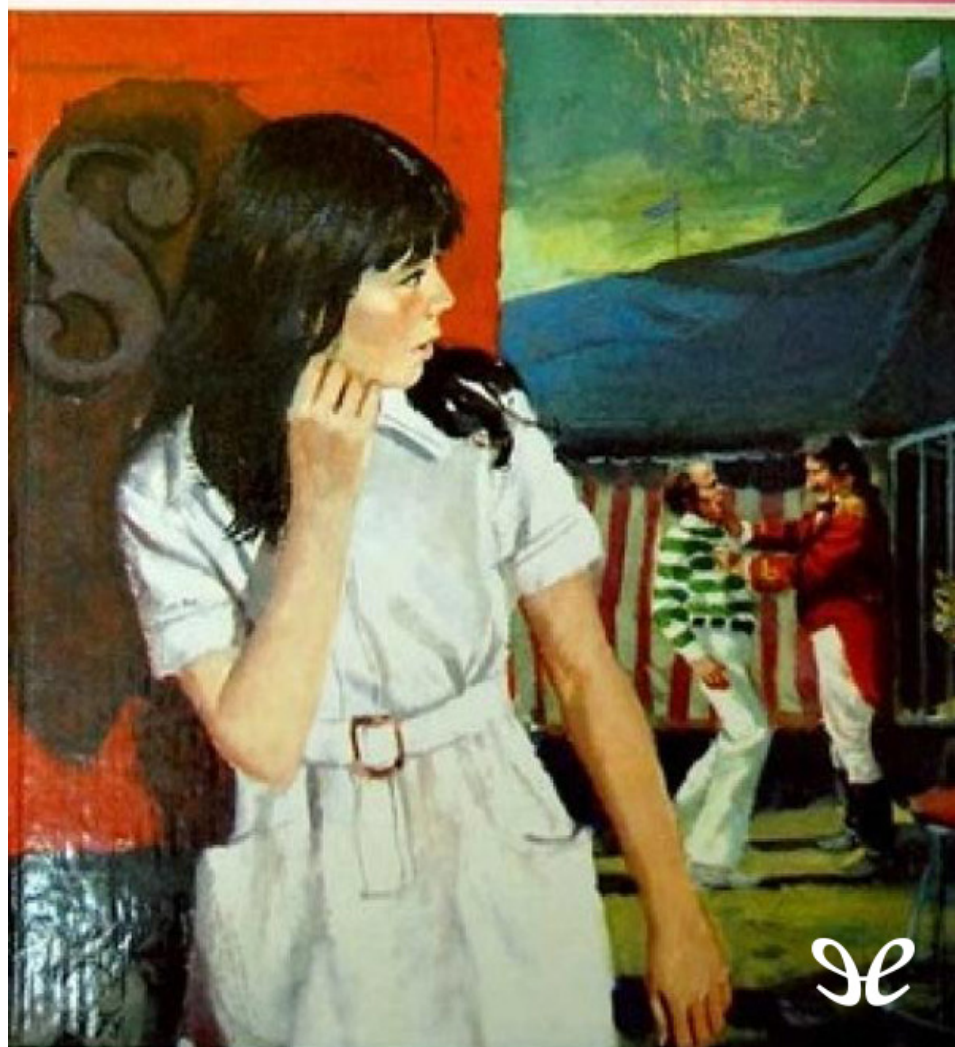


PUCK

OBRA BIEN

Lisbeth Werner



de

Puck, la joven danesa que sabe divertirse con sus amigas y amigos..., y también sabe ayudarles cuando están en apuros. Puck, estudiante, deportista, capitana... y detective. Puck, cabecita loca... pero gran corazón.



Lisbeth Werner

Puck obra bien

Puck - 5

ePub r1.0

algarri 09.05.14

Título original: *Puk har fart pa - Puk og leoparden*

Lisbeth Werner, 1954

Traducción: Josefina Dalmau Casademont

Ilustraciones: Rafael Cortiella

Editor digital: algarri

ePub base r1.1





Bente! Es tu turno...

Puck se levantó, y el profesor de física, señor Josiassen, la miró por encima de sus gafas de montura dorada.

—La variación de densidad por la temperatura —dijo, tamborileando con los dedos en la mesa—. ¡Tienes la palabra!

Su voz no tenía el habitual tono amable, y su expresión tampoco lo era. El señor Josiassen parecía claramente decidido a poner a Puck en un aprieto. Y eso a pesar de la primavera, de los árboles que se movían suavemente ante las ventanas, de los rayos de sol que centelleaban en el lago... Toda la naturaleza en pleno desbordaba una alegría de vivir tal que la clase se había sentido contagiada y se mostraba más fantasiosa que de costumbre. Pero, cuando el profesor se sentó en su tarima, los alumnos comprendieron que algo iba mal. Según palabras de Navío, el señor Josiassen era un hombre de rudo aspecto pero con corazón de oro. Incluso los dos alumnos más traviesos de la clase —Hugo Svendsen, llamado Alboroto, y Henrik Smith, llamado Cavador—, se inclinaban ante el humor ácido del profesor de física.

Pero aquel día el señor Josiassen parecía transformado. Cuando Puck fue llamada ante el encerado para hablar de las variaciones de la densidad que provoca la temperatura, y a pesar de que ella había preparado la lección debidamente, de pronto no pareció recordar nada. Titubeaba...

—Puede hacerse un ensayo con un tubo en forma de U...

—¿Qué clase de tubo? —preguntó el profesor irritado. Puck no comprendió lo que éste quería decirle.

—Un tubo en forma de U —repitió.

Algunos muchachos sofocaron unas risillas y el profesor dio un par de buenos puñetazos contra su mesa.

—¡Silencio! No hay motivo de risa en eso —dijo en tono acerbo—. Has olvidado decir que el tubo ha de ser de vidrio. ¡Continúa!

Puck siguió hablando del experimento que prueba que la densidad de los cuerpos varía con la temperatura, pero la impaciencia del profesor y las reflexiones murmuradas por Alboroto detrás de su espalda la turbaban cada vez más. Al cabo el señor Josiassen se levantó y golpeó de nuevo su escritorio.

—¡Ya es tiempo de imponer disciplina aquí! —gritó—. Exijo silencio en clase. Y tú, Bente, haz el favor de explicarte con mayor claridad. Me parece que no has estudiado la lección, pero voy a darte otra oportunidad. Prosigue: se calienta una rama del tubo de ensayo y ¿qué ocurre?

—El... el líquido de la parte calentada sube más alto que el líquido de la otra parte —respondió Puck.

De repente se sintió más tranquila. Había conseguido dar con el «hilo».

—En otros términos —dijo—, cuando un cuerpo se calienta, posee una densidad menor de la que tenía cuando estaba frío.

—¿Por qué? ¡Dices las cosas de cualquier modo! —atajó el profesor enojado—. Y repites lo mismo. Sí, el líquido ha aumentado de volumen al calentarlo. Pero ¿por qué?

La interrupción aumentó de nuevo el nerviosismo de Puck, quien dio una ojeada hacia la ventana donde se veían unos pajarillos en una rama, tomando el sol. A continuación trató de proseguir:

—Si se introduce un cuerpo en agua fría...

—¡El cuerpo sale estremeciéndose! —exclamó Alboroto, entre risas sonoras.

El profesor perdió su dominio, dejó bruscamente el libro que tenía en las manos sobre la mesa, se precipitó hacia donde estaba Alboroto y le abofeteó:

—¡Sal de aquí! —le dijo.

Alboroto se levantó y salió de clase. El profesor permaneció en pie y paseó su furiosa mirada a su alrededor.

—¡En mi vida había visto una clase como ésta! —gritó—. Tú,

Bente, tendrás un cero por no haber estudiado bien la lección, y el resto de la clase permanecerá una hora castigada, al final del día, copiando los problemas 27 y 30 del libro de física.



Regresó a su entarimado y se sentó. Lentamente se secó el sudor de la frente. Después abrió de nuevo el libro.

—¡Inger..., prosigue...!

Inger se levantó, y el resto de la clase transcurrió en calma, pero sin una sola sonrisa amable ni una sola reflexión afectuosa por parte del profesor. Cuando al fin sonó la campana, el señor Josiassen no pronunció su acostumbrado «hasta la vista» antes de irse, y chicos y chicas le vieron dirigirse con pasos apresurados hacia el edificio principal, donde se hallaba el despacho del director. La clase se fue vaciando lentamente. Puck bajaba por la escalera cuando Navío la tomó de un brazo y le dijo:

—¡Valor, amiguita! ¡No has hecho nada malo!

—No, es cierto —admitió Puck—, pero esto no arregla las cosas. ¿Por qué se comportará así el señor Josiassen?

—¡Bah! —exclamó Karen, a su lado—. Tú siempre tienes buenas notas en física, así que un cero no te perjudicará gran cosa.

—En tu lugar, yo protestaría —comentó Annelise.

—Sí, estoy segura —dijo Inger, sonriendo—. Pero me parece que en estos momentos es precisamente el profesor quien está protestando. Pero ¿qué mosca le habrá picado para comportarse de tal modo?

—Evidentemente, el comentario de Alboroto ha estado fuera de lugar —dijo Puck—. Pero no hubiera creído al señor Josiassen,

habitualmente tan amable, capaz de abofetear a un alumno.

Las muchachitas estaban un tanto desconcertadas por aquel extraño comportamiento del profesor de física.

—Hay algo raro en eso, creo —dijo Inger—. ¿No recordáis que también la señorita Fagerlund estuvo muy desagradable durante la clase de trabajos manuales? Desde luego se enoja fácilmente, pero nunca hasta tal punto. ¿No es verdad?

—¡Es verdad! —dijo Karen—. Se diría que ambos profesores están un poco desquiciados. Tal vez están tramando algo contra nosotros...

—¿Por qué harían tal cosa?

—Lo dije en broma. Pero es cierto que el señor Josiassen y la señorita Fagerlund suelen estar siempre de acuerdo en todo. Además tienen la misma edad, ambos son un tanto quisquillosos, y ¡además buenos amigos! Oíd... Tal vez vayan a casarse ...

Tal idea provocó sonrisitas maliciosas. La señorita Fagerlund, con su afilada nariz, y el señor Josiassen, con voz aguda, eran los profesores de mayor edad de todo el pensionado de Egeborg, profesores de vieja escuela, y no siempre de acuerdo con el resto más joven del profesorado. A menudo se les veía pasear juntos absortos en profundas conversaciones acerca de las ventajas de los modos educativos de tiempos pasados. Pero los alumnos les apreciaban, porque eran justos y llenos de buenas intenciones, y porque en sus clases siempre se aprendían cosas interesantes.

Por ello, aquel brusco cambio de comportamiento de ambos profesores les desconcertaba un tanto.

—Ahí viene el señor Josiassen —anunció de pronto Navío—. Ha ido a visitar al director. Mirad, el señor Frank le acompaña.

Los dos hombres bajaron los peldaños de la entrada principal del edificio, que daban al patio de recreo. En aquel momento, la señorita Fagerlund se dirigía hacia allí. Llevaba un montón de libros de música bajo el brazo y se esforzaba en mantener en equilibrio otro montón de cuadernos que sostenía en la otra mano. El director se encaminó hacia ella, pero en aquel instante un grupo de pequeños alumnos la empujó sin querer, y el resultado fue que libros y cuadernos le escaparon de las manos y se extendieron por el suelo del patio.



El viento se llevó lejos los cuadernos, y Puck y sus amigos corrieron para tratar de recuperarlos. También el director prestó ayuda, pero, cosa extraña, el señor Josiassen pareció ni ver siquiera a la señorita Fagerlund y sus libros. Pasó ante ella sin mirar ni a derecha ni a izquierda. Puck oyó murmurar entre dientes a la señorita:

—¡Bien! Ser educado no cuesta nada, creo yo...

La campana dio señal para la clase siguiente. La señorita Fagerlund murmuró «gracias» secamente y subió con precipitación hacia el edificio. Después de haber estado mirándola con expresión intrigada, el director se reunió de nuevo con el señor Josiassen. Chicos y chicas entraron otra vez en clase.

—Verdaderamente, no comprendo nada —dijo Puck.

El señor Josiassen y la señorita Fagerlund suelen ser tan buenos amigos... ¿Qué les ocurrirá?

Apenas acababa de formular la pregunta cuando Alboroto, que entraba en aquel momento, dijo:

—Yo puedo explicártelo. Estoy al corriente y es una historia formidable... Escuchadme.

—Sí, te escucharán, pero durante el recreo —dijo una voz desde el umbral de la puerta.

Era el profesor Frederiksen, de historia, que acababa de llegar.

—A tu sitio, Hugo. Tenemos que apresurarnos ya que debemos dar casi toda la historia griega. ¡Sentaos!

La lección comenzó inmediatamente, mientras Alboroto estaba a

punto de explotar por tener que aguardar tanto en soltar «aquel formidable» asunto.

* * *

Acabada la clase de historia, Alboroto pudo por fin contar todo lo que sabía.

—Bien, comprendedlo —dijo, después de haber reunido a su entorno a un nutrido grupo de atentos auditores, detrás de los grandes árboles de la pendiente que conducía al lago—. El señor Josiassen me ha echado de clase y como sabía que no volvería a llamarme, me fui a dar una vuelta. Encontré a Thora...

—¿La cocinera?

—Exacto. Thora lo sabía todo y me ha puesto al corriente. Es una interesante historia que concierne al señor Josiassen y a la señorita Fagerlund, y por esto los dos están de tan mal humor...

—Sí, pero ¿de qué se trata? —preguntó Puck ¡Ve directo al grano! ¡Ardeamos de curiosidad!

El rostro de Alboroto irradiaba satisfacción.

—Verás —comenzó—. Ayer la señorita Fagerlund quería tomar un baño y el señor Josiassen también quería tomar otro.

—¿Se disputaron por el cuarto de baño? —preguntó Navío—. ¡Ya les estoy viendo agredirse con esponjas!

Los demás estallaron en risas.

Alboroto levantó una mano.

—¡Te falta fantasía, Navío! —dijo—. ¡Mucho mejor que eso! Ocurrió que, habiendo ya llenado la bañera del aseo de los profesores, la señorita Fagerlund regresó a su cuarto a buscar su jabón, su esponja, etc., pero algo la retuvo algún tiempo y entretanto el señor Josiassen entró en escena.

—¿También él quería bañarse? —preguntó Annelise.

—Sí, eso es. Parece ser que hay una especie de horario para el uso del cuarto de baño, establecido entre los profesores. La señorita Fagerlund iba retrasada, según ese horario. El señor Josiassen se creyó en derecho de usar la bañera, que la señorita había llenado ya, según os he dicho. Pero el agua que la llenaba era muy caliente

y en opinión de nuestro profesor de física los baños han de tomarse fríos...

—¡Ja, ja, ja!

—Sí, sí, reíos. Él se baña en agua fría y pretende que todo el mundo debería hacer lo mismo, ya que es lo más sano que existe... Por tanto, vació la bañera de agua caliente y la llenó de agua fría. A su vez, se fue a su cuarto a desvestirse. Y antes de que volviera...

—¡Calla! ¡Calla! Ya adivino el emocionante final... —gritó Cavador, bailando de alegría—. No irás a decirnos que...

—Sí, justamente. La señorita Fagerlund entró en el cuarto de baño y se metió rápidamente en la bañera. ¡Suponía introducirse en agua caliente, ya que según su teoría los baños deben ser muy, muy calientes! Ya podéis imaginar lo que pasó...

—¡Es demasiado cómico! —comentó Cavador—. ¡Voy a reventar de risa! ¿Os imagináis a la señorita Fagerlund meterse en el agua fría y saliendo de ella disparada como un cohete...? ¡Parece un film cómico!

Alboroto echó una mirada a su auditorio. Y añadió:

—¿Comprendéis ahora por qué la vieja amistad entre ambos profesores se haya «enfriado» súbitamente? Y para acabar de rematar la cosa...

Puck reía tanto que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Sí, ahora comprendo por qué el profesor Josiassen se ha puesto tan furioso cuando tú has dicho en clase que «si un cuerpo se introducía en agua fría, salía disparado». Ha supuesto que estábamos al corriente de lo sucedido y que nos reíamos de él.

El asunto fue discutido durante el resto del recreo, y poco después todo el mundo en Egeborg estaba al corriente.

Puck y sus amigas creían incluso ver un asomo de humor en los rostros de los demás profesores.

Pasaron los días y las relaciones entre el señor Josiassen y la señorita Fagerlund no parecían mejorar en lo más mínimo. Así que el «Trébol de Cuatro Hojas» se reunió en consejo.

—Este asunto es muy enojoso —dijo Puck—. Dos de nuestros mejores profesores se están convirtiendo en puro vinagre y sus clases en un tormento.

—Sí, pero ¿qué podemos hacer?

—Su enojo es la consecuencia de un malentendido —observó Puck—. No hay ninguna razón para que sigan enojados el uno con la otra, pero ambos son muy testarudos.

—Ve a decírselo si te atreves —comentó Karen.

—Eso es imposible, evidentemente. Pero debemos encontrar otro medio para reconciliarlos.

—¡Bah! —exclamó Navío—. Dejemos obrar al tiempo. Es mejor no mezclarse en los asuntos ajenos.

Por el momento Puck no dijo nada más, pero siguió reflexionando sobre ello, tratando de encontrar un medio para arreglarlo.

Al día siguiente, después de clase, Annelise se acercó a Puck.

—¿Te das cuenta de que hace ya varias semanas que no montamos a caballo? ¿No te parece que deberíamos hacerlo esta tarde?

—¡Oh, sí, estupendo! Pídele permiso ahora mismo a la señorita Holm.

La señorita Holm era la «capitana de corredor» correspondiente al dormitorio de las cuatro amigas.

Annelise Dreyer, la hija del propietario de La Gran Granja, entrada en el pensionado desde hacía poco tiempo, había acabado por encontrar su sitio entre sus compañeras. Aquella muchachita demasiado mimada y acostumbrada al lujo había aprendido, cosa difícil para una hija única, las leyes de la buena camaradería y adquirido, no sin esfuerzo el tono indispensable para la armoniosa vida en común.



El sol de primavera brillaba suavemente cuando las dos amigas se encaminaron en bicicleta hacia La Gran Granja, y poco después ambas cabalgaban en dirección al bosque del Oeste. Sus cabalgaduras se mostraban inquietas, por no haber salido a pasear en los últimos días. Pero Annelise y Puck eran buenas Amazonas.

—¡Si al menos dispusiéramos cada día de tiempo para dar un paseo así! —dijo Annelise—. Pero necesito un pantalón de montar nuevo. Y ¿qué te parece si nos fuéramos a la ciudad un día de estos a comprarnos cada una, una blusita de cuadros?

Puck rió. La conversación de Annelise era a menudo alocada y continuamente proyectaba comprarse cosas nuevas, como si el dinero no tuviese importancia alguna.

—Por el momento yo me contento con pasearme como ahora —dijo Puck—. ¿Has visto los cervatillos allá abajo? Ah, qué tranquilidad se respira...

Miró a su alrededor. Sí, el bosque tenía un delicioso frescor primaveral... Pero lo que Puck no podía sospechar en aquel instante era que la paz no reinaba de modo tan total como ella suponía...

— II —

Las muchachitas habían seguido el camino que bordeaba la casa del guardabosques y llegaba hasta el pantano Tomando la desviación del oeste penetraron en el bosque por el cual tantas veces se habían paseado juntas. Los caballos estaban llenos de brío. Annelise montaba a Blis y Puck a Black, un caballo negro como el carbón que el señor Dreyer acababa de comprar y que era un animal vigoroso y vivo.

—Se ve claramente —dijo Puck— que Black tenía necesidad de ejercicio. ¡Cómo tira!

—¿Conseguirás dominarlo? —preguntó Annelise.

—Desde luego. Y ¿si galopáramos un poco?

—¡Sí!

Hasta entonces habían estado trotando, pero Annelise espoleó su montura y se lanzó al galope bajo los árboles verde claro.



Black se mostraba demasiado inquieto, realmente, pero cuando Puck tiró de las riendas se dejó dominar fácilmente.

—Bien, Black, amigo mío —dijo, acariciándole el negro y brillante cuello.

Annelise y Blis habían desaparecido en la espesura. Puck encontró que sería una buena idea dejarle tomar la delantera antes de poner a Black a galope tendido.

De pronto, de la espesura por donde había desaparecido Annelise, llegó el sonido de un disparo.

Black levantó las orejas y Puck miró por entre los árboles. Y entonces sonaron una segunda y tercera descarga.

Puck azuzó a Black y lo puso al galope, hacia la espesura, hasta llegar a un claro donde se detuvo, echando una ojeada a su alrededor.

—¿Dónde se ha metido Annelise? —murmuró Puck, frunciendo el entrecejo.

Había algo raro en la situación que la turbaba. Aquellos tres disparos ¿de dónde procedían? ¿Qué significaban?

Entonces crujieron las ramas y apareció Blis. Pero su amazona había desaparecido.

Puck sintió el sudor inundarle la frente y la angustia atenazarla. ¿Qué había sido de Annelise? Se acercó al caballo, le tomó firmemente de las riendas. Blis movía nerviosamente la cabeza. Saltó de su montura y ató ambos caballos a un árbol. A continuación se dispuso a seguir las huellas dejadas por Blis en el suelo húmedo. Le fue fácil encontrarlas y de pronto vio a Annelise, sentada en la hierba, tocándose un hombro. Lloraba.



Puck se arrodilló a su lado.

—Pero, Annelise, ¿qué ha ocurrido?

—Me han herido en un brazo —dijo Annelise—. No comprendo qué ha pasado. He oído unos disparos y he sentido un fuerte dolor en el hombro... Además, Blis ha dado un respingo tan fuerte, que me ha derribado. Me he lastimado la espalda, al caer...

Miró a Puck a través de las lágrimas.

—Soy una lloricona, ¿verdad? —preguntó tratando de mostrarse animosa.

—Eres formidable —dijo Puck para consolarla—. ¿Te sientes con fuerzas para caminar?

—Lo intentaré —respondió Annelise—. Pero me siento aturdida... y tengo miedo.

—No me extraña... Ven, trata de levantarte.

Regresaron al lugar donde Puck había atado los caballos. Annelise seguía quejándose y la sangre empezaba a resbalarle por el brazo.

—Te han herido con perdigones de caza —comprobó Puck—. Se trata sin duda de un cazador, que disparaba contra algún animal y se le ha desviado el disparo. ¿Crees que te mantendrás en la silla, si te ayudo a montar?

—¡Lo procuraré! —afirmó Annelise apretando los dientes.

Puck no pudo dejar de admirar el valor que demostraba su amiga. De momento se había sentido dominada por el dolor y el miedo, pero, una vez montada, se declaró capaz de conducir sola su montura, a condición de ir al paso.

—¿No has visto al cazador, quizá? —preguntó Puck, mientras regresaban a La Gran Granja.

—No he visto a nadie —respondió Annelise—. Sólo he oído los disparos. Ha sido el tercero el que me ha dado.

—¿Tampoco has visto la caza?

—He oído algún animal correr por la espesura pero no he visto nada.

—No creo que esté permitido cazar en esta época —comentó Puck.

—Sin embargo, alguien trataba de hacerlo. ¡Y me ha dado a mí! Ayyyyy... Esto sigue doliendo.

—¡El doctor tendrá que quitarte los plomos! —dijo Puck.

Llegadas a La Gran Granja, dejaron los caballos al palafrenero y subieron al saloncito de verano, donde el propietario Dreyer y su mujer estaban tomando café. Rápidamente fueron informados de lo ocurrido.

—¡Es terrible! —exclamó la señora Dreyer, saltando de su silla—. Herbert, telefonea al médico mientras yo miro el brazo de Annelise. Ven, hijita, te quitaré la blusa...

En efecto, Annelise tenía una herida en el hombro, y gimió bastante mientras su madre se la limpiaba. Entretanto, el señor Dreyer telefoneó al doctor, quien dijo luego, inquieto:

—¡Tres disparos! Es curioso... Nadie caza en esta época. ¿Estáis seguras de haber oído tres disparos?

—Absolutamente —respondió Puck—. Muy seguidos.

—Y ¿no habéis visto a nadie?

—No, a nadie.

—Sin duda son cazadores furtivos —dijo—. Creí que nos habíamos librado de esta plaga tiempo atrás, pero por lo visto vuelven a las andadas. Tendré que prevenir a la policía.

Volvió junto al teléfono y sostuvo una breve conversación. Cuando se hubo acabado, dijo:

—La policía está al corriente. Es terrible que los cazadores furtivos no puedan ser eliminados para siempre. ¡Disparan sin escrúpulos en épocas de veda, y los estragos que causan en los animales no tienen límite!

—Y además me han herido a mí —suspiró Annelise con una mueca.

—Sí, sí, pero no ha sido nada grave afortunadamente. ¡Pero hubiera podido serlo! —comentó Herbert Dreyer.

Puck escuchaba, con el rostro grave. Sin decir palabra, se prometió interiormente dedicarse a buscar al cazador furtivo.

* * *

Lo que le había sucedido a Annelise y a Puck durante su paseo a caballo por el bosque impresionó a todo el mundo en el pensionado

de Egeborg y durante varios días fue tema de comentarios y discusiones.

El guardabosques Bang dijo a sus ayudantes que le comunicaran cualquier indicio, pero en los días siguientes no se escuchó ningún disparo ni se vio a ninguna persona sospechosa, de modo que poco a poco el suceso se fue olvidando.

Únicamente Puck continuaba pensando en el cazador furtivo y se preguntaba si no sería posible descubrir su identidad. Había sostenido una larga entrevista con Bang, el cual no estaba muy seguro de que la policía se ocupara en aquel asunto de un modo demasiado activo.

—No resulta fácil descubrir a esos pillos —dijo—. Lo único que puede hacerse es sorprenderles en flagrante delito.

—¿Lo ha conseguido usted alguna vez?

—Sí, alguna...

—Y ¿qué?

—¡Oh! —exclamó Bang, en tono evasivo—. A menudo acaba por descubrirse que se trata de personas que tienen ya otras cuentas pendientes con la justicia.

La muchachita miró las enormes manos del guardabosques. ¡Un cazador furtivo le temería, sin duda, si le pusiera las manos encima!

Algunos días más tarde, Puck salió para examinar de más cerca la espesura donde Annelise había sido herida.

Era un bello día, y Puck que amaba la naturaleza se sentía feliz en medio del hermoso paisaje. Llegada a la espesura, prestó atento oído. En apariencia no había nadie. Así que avanzó más.

La muchachita no tenía ningún plan determinado. Apercibiendo de pronto un senderillo que cruzaba la espesura, se decidió a seguirlo, a pesar de que a trechos se vio obligada a avanzar a gatas.

No se trataba de un camino hecho por los hombres, sino abierto por el paso de los animales que lo seguían cada día entrando y saliendo de sus madrigueras.

Puck avanzaba gateando cuando bruscamente se sintió sacudida y experimentó un lacerante dolor en un tobillo. En el mismo instante, cayó de bruces contra el suelo.

Se sentó. Un nudo colocado al final de un alambre le había atrapado un pie.



La piel de su tibia había sido lastimada y le dolía mucho. La chiquilla gimió suavemente, mientras se deshacía del nudo.

¿De dónde venía aquel alambre?

No hacía mucho que había sido colocado, ya que no estaba oxidado. Tirando de él pudo comprobar que estaba atado al tronco de un árbol y, cuando lo examinó con más atención, se dio cuenta de que había sido colocado con gran cuidado.

Puck se mordisqueó pensativa el labio inferior, mientras reflexionaba. Aquel alambre era una trampa puesta por un cazador furtivo.

La chiquilla había oído hablar de las crueles trampas puestas a animalillos, que a veces morían tratando de librarse de ellas.

Aquella era la prueba de que los cazadores furtivos habían reaparecido de nuevo en la comarca.

El primer impulso de Puck fue llevarse el alambre para mostrárselo a Bang, pero después lo pensó mejor. Deshizo simplemente el nudo, a fin de que ningún animalito quedara atrapado, mientras se trazaba un plan.

«Veamos —pensaba—. ¿Cómo podría sorprender a los cazadores furtivos?». —Sonriendo se dijo que se trataba de ser astuta como un zorro.

De regreso al pensionado, vio a Navío, que volvía también de dar un paseo y sostenía en la mano un lindo ramillete de anémonas.

—Hola —dijo la hija del capitán—. ¿De dónde vienes?

—De dar un paseo —dijo Puck, cuyo plan no estaba aún del todo elaborado y no quería comunicárselo a su amiga—. Tú

también, supongo.

—Sí —dijo Navío—. He ido a recoger unas florecillas para la señorita Fagerlund.

—¿Para la señorita Fagerlund? ¡Qué curiosa idea...!

—Verás —comentó Navío— me parece que ya dura demasiado este malhumor. Si al menos pudiéramos conseguir que la señorita Fagerlund y el señor Josiassen se reconciliaran...

—¿Y supones que un ramillete bastará para eso?

Navío se encogió de hombros.

—Lo ignoro —dijo con franqueza—. Pero mientras recogía esas flores me vino la idea de que tal vez podríamos alegrar un poco a la señorita Fagerlund con un obsequio así.

Habían llegado al pensionado y se dirigían hacia el vestíbulo principal.

—Claro que lo ideal sería que las flores procedieran del señor Josiassen. ¿No te parece?

—Es posible... ¿Tienes alguna idea?

—Sí, una muy buena. Espera que lleguemos a nuestro cuarto y te la explicaré.

Cuando llegaron al Trébol de Cuatro Hojas, Inger levantó la vista del libro de geografía y Karen, sentada en su cama y dibujando, dijo:

—¡Vaya forma de entrar! ¿No podríais hacer un poco más de ruido?

—Con mucho gusto, señorita —respondió Navío—. Os traemos la mejor idea del mundo, pero si no os interesa conocerla...

—¿Qué habéis ideado? —exclamó Inger—. ¡Oh, qué lindas flores!

Navío las agitó victoriosamente:

—¡Son para la señorita Fagerlund! —declaró—; y trataremos de arreglárnoslas para hacerle creer que provienen del señor Josiassen. ¡Y ambos recuperarán su buen humor y nuestras clases volverán a ser soportables!

—No sé si es una buena idea, la verdad —comentó reflexiva Inger.

Pero las demás le cortaron la palabra.

—¡Claro que sí, Navío tiene razón! Debemos enviar las flores

con urgencia. Pero ¿cómo lo haremos para que parezca que provienen del señor Josiassen?

—Bien —dijo Navío—, me parece que ya lo sé.

— III —

Alboroto y Cavor, a quienes las amigas del Trébol de Cuatro Hojas podían considerar como cómplices, puesto que había sido la reflexión de Alboroto sobre los cuerpos sumergidos en agua fría lo que había exasperado a Josiassen, fueron convocados a una reunión.

Aquella reunión tuvo lugar en el desembarcadero. El sol de la tarde inundaba el lago Ege, brillando en millares de destellos e iluminando con dorado resplandor la isla del Caballero Volmer, cuyos árboles estaban esplendorosos de verde belleza.



—¿Qué nueva genial idea habéis tenido? —preguntó Alboroto—. ¿Seguís preocupándoos de la señorita Fagerlund y el profesor Josiassen?

—Sí, exactamente —respondió Inger—. Hemos pensado en que sería bueno tratar de reconciliarles.

—¡Imposible! —dijo Cavor—. Ese par de viejas momias son tan testarudas que nunca jamás se reconciliarán.

—Habíamos pensado en enviar flores a la señorita Fagerlund de tal manera que ella creyera que se las mandaba el profesor. ¿Qué pensáis de eso?

—¿Estáis locas?

—No creo —respondió Puck—. Navío tiene un proyecto, escuchadla.

—Sí, escuchadme. Se trata de conseguir una tarjeta del señor Josiassen y colocarla junto a las flores.

—¿El señor Josiassen tiene tarjetas de visita? —preguntó Karen.

—Sí —contestó Inger—. Yo vi un día una que le cayó de la cartera.

Estuvieron reflexionando ambas muchachas en silencio. Al cabo, Cavador tomó la palabra:

—La habitación del señor Josiassen está en la planta baja... Los demás le miraron de reojo.

—No estarás pensando en... ¡No debemos cometer ninguna irregularidad!

—Claro que no —suspiró Cavador—. Aunque por una causa tan noble, sería perdonable.

Hubo un nuevo silencio. Después Puck dio un puñetazo a una de las tablas del desembarcadero.

—¿No podríamos pedírsela a él directamente? —preguntó—. Sería la solución más fácil.

—¡Qué idea! Se daría cuenta en seguida de que estábamos tramando algo...

—No necesariamente. ¿Y si de pronto todos diéramos la impresión de que nos poníamos a coleccionar tarjetas de visita? En el transcurso de los años, hemos coleccionado toda suerte de cosas extrañas: fotos de artistas de cine..., cromos..., anillos de papel...

—Cajas de cerillas —dijo Alboroto—, sellos... Flores secas... ¡Qué demonio! ¿Por qué no íbamos a poder coleccionar ahora tarjetas de visita? Puck, eres una chica con ideas.

—Pero ¿cómo lo hacemos?

—Debemos conseguir unas cuantas, que serán la base de la colección, y luego animar a todos a coleccionarlas, de manera que no pueda sospecharse de nosotras. ¡Veréis cómo los pequeños se entusiasmarán en seguida por eso! ¿De acuerdo?

—Sí, sí...

—Bien. Escribiremos a cuantas personas conozcamos, pidiéndoles tarjetas de visita, y empezaremos a cambiarlas entre nosotras delante de todo el mundo. Os garantizo que en pocos días estará de moda en todo el pensionado.

Puck tuvo razón. Cuando los conjurados hubieron recibido de sus amigos tarjetas de visita, y empezaron a hablar de coleccionarlas y a intercambiarlas durante las horas del recreo, aquella moda hizo furor en todo el pensionado.

Alboroto y Cavador tuvieron la inspiración de ir en bicicleta a Oesterby, donde un impresor les dio toda suerte de tarjetas, y lo mismo ocurrió en todos los comercios que fueron recorriendo.

¡El nuevo juego triunfaba en toda la línea! Los conjurados se habían prometido que no serían ellos quienes solicitaran una tarjeta del profesor Josiassen, dejando la iniciativa a algún otro alumno. Pero aquello exigía paciencia. Y los días transcurrían, esperando. Las flores que Navío había recogido habían quedado mustias en un jarrón del «Trébol de Cuatro Hojas».

Finalmente, la afición por coleccionar tarjetas de visita no sólo se extendió por el pensionado, sino por todo el país, haciendo olvidar el gusto por los autógrafos, los sellos, las mariposas, etc.

Sin embargo, la idea de Puck halló un obstáculo. Muchos de los profesores habían dado tarjetas a los alumnos para sus colecciones, pero no era ése el caso del señor Josiassen.

—¡Si suponéis que voy a alentar semejantes tonterías...! —había comentado furiosamente—. ¡Jamás!

Y había cerrado la puerta con violencia.

Una nueva reunión tuvo lugar de nuevo entre los conjurados.

Alboroto se rascó la nuca.

—¡Estamos listos! —dijo—. Puck ha puesto en marcha una manía de coleccionador que ha contagiado a Dinamarca entera. Pero ¡quien nos interesa no cede! ¿Qué debemos hacer?

—Yo ya dije que su habitación está en la planta baja —insinuó Cavador.

—No es necesario llegar a tales extremos —dijo Puck—. Debe de haber otro modo de conseguir una tarjeta de visita suya.

—Pero si él no quiere dar ninguna... No podemos hacer nada

para obligarle...

—¿No podrías expresarte de modo más claro? —

—¡Qué bobo! —repuso Puck riendo—. Lo que yo quiero decir es que tal vez si hubiera una fiesta próxima, el señor Josiassen se vería obligado a enviar algún obsequio. ¿Qué os parece?

—No me parece probable. Que yo sepa, no se acerca ningún aniversario ni fiesta.

—Escuchadme —dijo Puck—. ¿No será que estamos dando demasiada importancia a una tarjeta de visita? ¿Por qué no comprar un lindo ramillete al horticultor Phil y dejarlo en la habitación de la señorita Fagerlund, y al mismo tiempo tratar de conseguir que el señor Josiassen lleve una misma clase de florecilla en el ojal?

—¡Estupendo! —gritó Inger—. ¡Empecemos a reunir para el ramillete! Alboroto y Cavador, aportad una corona cada uno...

—¿Una corona? —gruñó Alboroto—. ¿Y a eso le llamáis una buena idea?

* * *

—¿Y si paseáramos un poco a caballo hoy?

—¡De acuerdo! ¿Ya acabaste los deberes?

—Sí, por suerte —dijo Puck suspirando con alivio—. No resulta nada agradable esta aversión que nos ha entrado a todos por la física. ¡Si por lo menos el señor Josiassen recobrara su buen humor! Ahora sus clases son mortalmente aburridas y nadie saca provecho de ellas.

Las dos muchachitas se dirigieron a La Gran Granja para ir en busca de sus caballos. Ensilieron rápidamente a Blis y Black, porque sólo disponían de una hora libre, y luego se encaminaron hacia el bosque del Oeste.



—¿Y si tomáramos el sendero que atraviesa la plantación, para cambiar un poco? —propuso Annelise.

—Me parece bien —dijo Puck, que montaba a Black.

El gran caballo negro se mostraba particularmente inquieto aquel día y Annelise se dio cuenta de ello.

—¿Te cuesta dominarlo, Puck?

—Sí, francamente. Parece cargado de pólvora.

—¿Prefieres entonces que regresemos?

—No, nada de eso... Vamos, pongamos los caballos al trote y veamos qué sucede.

Las muchachitas hicieron trote inglés, pero Black se mostraba tan fogoso que Puck apenas conseguía impedir que galopase...

—Este caballo debería salir a pasear cada día —comentó Puck—. Permanecer tanto tiempo encerrado lo enerva.

—Sí, pero papá no tiene tiempo de montarlo. Hay demasiado trabajo en la propiedad, según dice.

Mientras se dirigían a la plantación, Puck contó a Annelise el resultado de la última reunión de conjurados y expuso su proyecto de enviar flores a la señorita Fagerlund, tratando de hacerle creer que provenían del señor Josiassen.

A Annelise el proyecto le pareció «simpatiquísimo» y prometió ayudar a sus amigas en lo que pudiera.

—¡Qué lástima que tu idea de las tarjetas no haya triunfado! Pero no hablemos más de la escuela ahora... Hay otras cosas más divertidas. ¿Sabes dónde pasaremos las vacaciones este verano, quizás? ¡En Escocia!

—¿De verdad?

—Sí, papá me ha hablado de ello. Tenemos un amigo que posee allí unas propiedades. Y a mí me comprarán un kilt muy «simpático» y una gaita. ¿Quieres que yo te regale una a ti?

—¡Nooo! —respondió Puck riendo—. En primer lugar, una gaita cuesta carísima y luego ¡ya me gustaría ver qué ocurre si tú y yo nos pusiéramos a tocar la gaita en nuestras habitaciones!

—¡Pero si yo no pienso tocarla, sino colgarla de la pared! Mamá dice que en Escocia pueden comprarse cosas maravillosas y... ¡Eh, mira! ¿Qué es aquello de allí?

Habían llegado al término de la zona de bosque talada en previsión de posibles incendios. A la derecha se iniciaba un sendero que conducía a la plantación.

—Parece un animal —dijo Puck—. Me pregunto si habrá corzos por esta zona...

—Avancemos hacia el bosque, si te ves capaz de dominar a Black.

En realidad, Puck empezaba a tener ya los brazos y las manos cansados de mantener tirantes las riendas, pero no quería admitirlo. Además, sin duda sería una buena idea penetrar en el bosque, donde su montura corría menos riesgo de asustarse, como podría ocurrir si se dirigían al camino, donde era frecuente el paso de coches o bicicletas.

Por tanto, se desviaron hacia la derecha, y por un momento siguieron por una ruta que, en una ocasión anterior, había constituido el escenario de un dramático episodio protagonizado por Puck: ¡un incendio forestal que ella había conseguido dominar!

—Sí —comentó Annelise—, sin duda era un corzo lo que hemos visto. Tal vez haya varios en la plantación en estos momentos...

—Probablemente habrán oído a los caballos y se han ocultado en la espesura —dijo Puck.

Las muchachitas avanzaban una junto a la otra. A la tercera bifurcación, tomaron la dirección norte.

—¡Qué bien se está aquí! —suspiró Annelise—. Un bosque de abetos es algo verdaderamente formidable... ¡Mira! Acabo de ver correr un animal allá abajo... Esta vez lo he visto claramente. Vayamos al paso para no hacer demasiado ruido.

Dos corzos aparecieron un poco más lejos, al borde del camino. Levantaron atentamente las cabecitas y miraron hacia las dos Amazonas. A continuación, huyeron graciosamente hacia la espesura.

Las dos amiguitas los siguieron con la mirada hasta el momento en que desaparecieron en el bosque. De pronto, Puck se sobresaltó, porque vio asomar una cabeza por entre las ramas. Dos ojos negros como el carbón y una barba de varios días daban al individuo un aspecto poco recomendable. La visión duró apenas unos segundos, ya que el rostro desapareció repentinamente.

—¿Qué es?

—¿No lo has visto?

—No, sólo he visto moverse una rama.

—Era un hombre, lo he visto claramente. ¡Y su aspecto era inquietante!

—¿Sería... el cazador furtivo?

—¡Imposible afirmarlo! Pero tal vez...

—¿Le reconocerías?

—Fácilmente. No parece danés. Es muy moreno y sus ojos parecen agudos taladros... Bien. Será mejor que nos marchemos de aquí.

Puck se volvió para tratar de comprobar si el individuo era aún visible, pero parecía habérselo tragado la tierra.

—¿Tienes miedo? —preguntó Annelise, burlonamente—. ¿No te atreves a seguirlo?

—No, claro que no tengo miedo, pero... ¡Desde luego que no! —respondió Puck, al cabo.

Annelise, temerariamente, estaba tratando de animarla a seguir al individuo. ¿Por qué no? Nadie diría jamás que Puck se había acobardado una sola vez en su vida.

—¡Vamos, pues! —dijo, haciendo dar la vuelta a su caballo—. Vamos, Black, amigo.

Y, apoyando la cabeza en las crines del animal, penetró en la espesura.

—¡Me pregunto dónde puede haberse metido ese hombre! —exclamó Annelise, poniendo a Blis al trote—. Crucemos la plantación hasta la carretera y, si no le hallamos entonces...

Y empezó a avanzar, mientras Black tiraba de las riendas para atrapar a Blis. Puck trataba de dominar su montura, cuando, de súbito, volvió a ver al individuo, apretado contra el tronco de un árbol, como si tratara de ocultarse. Su actitud era tan extraña, que la muchachita no dudó ni un solo instante de sus malas intenciones. Pero no pudo reflexionar mucho, porque el hombre saltó de pronto de su escondite gritando extrañamente. Black se asustó y estuvo a punto de derribar a su joven jinete; a continuación, emprendió un galope alocado. Puck se agarró con todas sus fuerzas a las riendas y aún tuvo tiempo de ver cómo el hombre levantaba la mano y lanzaba un tronco contra la grupa de Black, quien se sintió así espoleado como si le estuvieran azuzando con un látigo.



Puck oyó al hombre reír malévolamente, pero en realidad sólo estaba atenta a la carrera desenfrenada de su montura. Annelise apresuró la suya, tratando de seguir a su amiga, pero no había nada que pudiera atrapar a Black en aquellos instantes. El animal cruzó a toda velocidad la plantación y llegó a la carretera, donde prosiguió su galope tendido, mientras sus cascos resonaban estrepitosamente en el asfalto.

Puck no estaba asustada, a pesar de ser consciente del peligro que corría. Pero conocía lo suficiente las reglas de la equitación para saber que en modo alguno debía soltar o aflojar las riendas. Sin embargo, tenía enormes dificultades en mantenerse en la silla, lo que trataba de conseguir apretando con todas sus fuerzas las piernas contra el flanco del animal, mientras, con dulzura, se disponía a recobrar su dominio sobre él.

— IV —

A sus espaldas Puck escuchó el galope apretado de Blis, que en su turbación Annelise no dejaba de espolear, cosa contraproducente, ya que aquel ruido empujaba a Black a aumentar la velocidad y Puck comenzaba a temer que fueran vanos sus intentos por detener la alocada carrera de su montura.

La angustia la invadía. ¡Se sentía tan impotente! Todo cuanto podía esperar era permanecer en la silla y evitar el regreso a La Gran Granja, ya que, una vez allí, el animal intentaría probablemente penetrar en la caballeriza y Puck correría el riesgo de verse proyectada contra el umbral de la puerta.

Llegada a un pequeño claro, pudo conseguir hacer dar varias vueltas en torno a sí mismo al animal, el que, finalmente, disminuyó la velocidad y se puso a marchar al paso.

En aquel momento Annelise apareció al borde del camino. Tenía los ojos abiertos como platos. Puck detuvo a Black y saltó al suelo. Entonces acarició el sudoroso cuello del caballo.

—Bien, amigo mío, te asustaste, ¿eh? —le dijo.

Estaba aún acariciando a Black, cuando Annelise la alcanzó, detuvo a Blis y dijo:

—¡Oh, cielos! He tenido mucho miedo. ¡Qué suerte que no te hayas caído!

—Pues he estado muy a punto, puedes creerlo —reconoció Puck —, y si quieres conocer el fondo de mi pensamiento, te diré que tú no has contribuido a disminuir el peligro, sino todo lo contrario. En fin, ¡todo se ha arreglado bien!

Las manos de Puck temblaban, sin que ella pudiera atribuirlo a

una reacción al miedo pasado o a los esfuerzos. Se sentía agotada, y habría querido tenderse en la hierba para descansar. Suspiró con alivio y exclamó:

—Atemos los caballos a ese árbol abatido por el viento y sentémonos unos instantes. Me parece que no me resultará desagradable descansar un poco después de tantas emociones.



Se instalaron sobre el tronco caído. Annelise dijo:

—Estoy segura de que se trataba del cazador furtivo que merodea por la plantación. ¡Cuánta maldad deliberada la de ese hombre!

—No sé si lo es, pero sus malas intenciones han quedado claras. Creo que deberíamos contárselo al guardabosques Bang, para que ejerza vigilancia más atenta aún. Al regresar nos detendremos en su casa. Y por cierto, se nos hace tarde... Pero me gustaría ir a dar una ojeada al lugar donde te hirieron, Annelise. ¿Crees que podemos dejar aquí los caballos por un rato?

—Desde luego que sí, nadie los cogerá. Pero debemos darnos prisa, vamos.

Las dos amiguitas corrieron hacia la espesura donde Puck había encontrado la trampa. Quería tan sólo ver si el cazador furtivo se había dado cuenta de que ella había inutilizado el artefacto. Llegada a los matorrales, mostró el camino a su amiga y ambas siguieron por el pasadizo abierto por el paso de los animales hasta el lugar donde había sido hallada la trampa.

—¡Mira! —gritó Puck—. No sólo el hombre ha vuelto a poner un nudo en la trampa, sino que, además, atrapó sin duda algún animalillo. ¡Oh, qué monstruo, torturar así a los animalitos...!

Resultaba evidente que un animalito, probablemente una liebre, a juzgar por el pelo caído al suelo, había quedado aprisionado por el lazo y había luchado alocadamente para desprenderse. Las hierbas se veían manchadas de sangre y en el suelo se apercibían señales de sus desesperados esfuerzos de liberación.

—¿Crees que el pobre animal pudo salvarse? —pregunto Puck.

Después de haber estado contemplando muy de cerca la trampa, Annelise sacudió la cabeza.

—Según las apariencias, no —dijo—. Lo más probable es que haya muerto en la trampa y que el cazador lo haya venido a buscar esta mañana o ayer. ¡Cómo me alegraría de que Bang pudiese atrapar a ese hombre!

—¿Qué debemos hacer ahora? —preguntó Puck—. Naturalmente me gustaría mostrar la trampa a Bang, pero si nos la llevamos de aquí destruimos una importante prueba.

Lo mejor será montar guardia por las cercanías para tratar de sorprender al autor. Lo malo es que no disponemos de mucho tiempo, puesto que debemos permanecer todo el día en el pensionado.

—¿Y si le contáramos todo esto al director? Él es tan hábil y comprensivo...

—Sí, es cierto, pero se siente responsable por nuestra seguridad y jamás nos daría permiso para correr el menor peligro. Por el momento, regresemos al colegio lo antes posible. Ya acabaremos por hallar una solución. Por fortuna no estamos solas en este asunto. Contamos con nuestras amigas, y además con Alboroto y Cavador que, sin duda, se sentirán felices si solicitamos su ayuda.

Poco después las chiquillas emprendieron el camino de regreso. Por el camino no vieron a nadie sospechoso y, una vez dejados los caballos en la Gran Granja, se apresuraron a regresar al pensionado, ya que las horas libres tocaban a su fin. Mientras subían los peldaños de la entrada principal, se encontraron con el señor Josiassen, cargado con un montón de libros. Se adelantaron para abrirle la puerta, pero pasó sin darles las gracias y fingiendo no verlas. Las dos amiguitas le siguieron con la mirada hasta que él hubo desaparecido en el despacho del director.

—¡Qué malhumorado está! —murmuró Annelise—. Al menos

pudo decir «gracias»...

Cuando Puck entró en el «Trébol de Cuatro Hojas», las tres otras habitantes de aquella pieza estaban trabajando. Inger levantó la nariz del libro y dijo:

—¡El director te espera!

—¿A mí? —exclamó Puck—. ¿Por qué?

—No tengo la menor idea. Ha preguntado por ti y le hemos dicho que habías salido a caballo con Annelise. Será mejor que te des prisa en ir a verle.

Puck se sentía un tanto sofocada al descender la larga escalera que conducía al vestíbulo en donde se encontraba el despacho del director.

«Espero que no se trate de nada grave», deseó la muchachita. ¿Acaso el señor Josiassen, llevado de su malhumor, se habría quejado de algo? Pero ella no tenía nada que reprocharse y llamó decididamente a la puerta del señor Frank.

En el mismo instante, alguien abrió desde el interior, y apareció el señor Josiassen, dándole la espalda. Éste dijo, dirigiéndose al director:

—Me ocuparé de eso, señor. Hasta luego.

Sacó su cartera, tomó un papel y anotó algo. Al querer volver a poner la cartera en su bolsillo, la dejó caer, ya que el montón de libros que sostenía con la otra mano se tambaleó y tuvo que sostenerlo. Puck corrió en su ayuda, pero el profesor se había inclinado rápidamente, recogiendo la cartera él mismo.

Una pequeña cartulina blanca se había quedado en el suelo, algo alejada. La emoción dejó a Puck inmóvil. ¿No sería una tarjeta de visita?

Oh, no... ¡Qué amable jugarreta la del destino!

Instintivamente adelantó un pie y ocultó con él el cartoncito. Cuando el profesor hubo recuperado el equilibrio y se dispuso a partir, cayó en la cuenta de aquel pie de la chiquilla, anormalmente adelantado, y le dijo gruñón:

—¿Acaso te dispones a hacerme la zancadilla?

—No... No... —murmuró Puck, retirando el pie con mil precauciones.

Miró al suelo y suspiró con alivio. La tarjeta había quedado

pegada a la suela del zapato de Puck y el señor Josiassen no había visto nada.

El profesor hizo un gesto de impaciencia, gruñó unas palabras incomprensibles y prosiguió su camino. En cuanto hubo desaparecido, Puck se inclinó y recogió la cartulina. ¡Sí, en efecto, era una tarjeta de visita!

* * *

Puck hizo girar la tarjeta entre sus dedos. Se leía en ella simplemente:

J. H. JOSIASSEN.

En el anverso había escrito a tinta:

«La vida es siempre bella...».

Hanne Irgens

Puck no comprendía lo que aquello significaba, y además no tenía tiempo para reflexionar por el momento. Empujó la tarjeta bajo la alfombra y llamó a la puerta.



—Entre...

Abrió la puerta y entró. El director se hallaba instalado en su escritorio, como de costumbre. Sin dejar de escribir, dijo brevemente:

—Siéntate... No dispongo de mucho tiempo.

Puck se sentó, miró al joven director cuya expresión era grave, impenetrable. Escribía rápidamente, sin titubeos. Después pasó un secante por encima de lo escrito y levantó los ojos. Una sonrisilla jugueteaba ahora en las comisuras de sus labios.

—Bien, Bente... —comenzó—. Quería hablarte, ya que la policía ha venido a hacerme unas preguntas sobre el disparo que recibió Annelise. Tiene ya sospechas acerca de la identidad del malhechor, pero carece de pruebas para probarlo.

Puck permaneció en silencio, pero miraba al director muy seria.

—El hombre de quien la policía sospecha es un reincidente que actualmente vagabundea por la comarca. Su nombre es Rasmussen, pero le llaman «Rasmus el Fuerte», lo que resulta un tanto inquietante. Ha sido condenado por vagabundo, pequeños robos, peleas con golpes y como cazador furtivo. Mientras la policía me contaba todo esto, yo me sentía intranquilo pensando en que tú y Annelise os paseabais por el bosque a pie o a caballo. No quisiera correr el riesgo de tener que lamentar un día el no haberos vigilado más estrechamente. ¿Lo comprendes, no?

—Sí, señor director.

—En otras palabras, no quiero prohibiros pasear y jugar libremente, pero tampoco quiero pecar de imprudente. En tanto «Rasmus el Fuerte» no haya sido apresado o alejado de estos contornos, no podemos sentirnos seguros. La policía me ha preguntado si Annelise y tú habíais visto a alguien sospechoso durante vuestros paseos a caballo...

—Sí —se apresuró a responder Puck—, precisamente hoy hemos visto a alguien sospechoso.

Y contó lo que había pasado durante su paseo a caballo; y habló del hombre que había asustado a Black. El director escuchó su explicación muy serio y, cuando ella hubo acabado, preguntó:

—Si yo no te hubiera interrogado, ¿me habrías contado todo eso, Bente?

Puck dudó un poco.

—No —dijo francamente—, creo que no.

—Hubiera estado muy mal de tu parte —dijo el director—. Me parece muy bien que no vengas aquí a contarme minucias sin importancia, pero en un caso como éste es evidente que yo tengo derecho a estar al corriente.

—Lo estuve pensando y no había ninguna razón para ocultárselo, pero...

—Te comprendo. Pero recuerda que se trata de individuos peligrosos. Por tanto, no debéis internaros demasiado en la espesura de los bosques. En mi opinión, ya os habéis puesto demasiado en peligro penetrando por entre el ramaje para tratar de localizar al hombre. No volváis a repetir semejante cosa, de lo contrario me vería obligado a prohibiros esos paseos sin acompañantes y sería una lástima. Eso es todo, Puck.

El director le dirigió una amable sonrisa y Puck se levantó y salió. Apenas hubo cerrado la puerta, se agachó y de debajo de la alfombra recogió la tarjeta. A continuación subió rápidamente la escalera. Encontró a Annelise, que la miró con aire asustado y que le dijo:

—Lone me ha dicho que el director quiere verme. ¿Crees que se trata de algo enojoso?

—No, al contrario —dijo Puck sonriendo—. Yo vengo ahora de su despacho. Se trata del cazador furtivo.

Annelise se tranquilizó y prosiguió el descenso de la escalera, mientras Puck entraba como una exhalación en el «Trébol de Cuatro Hojas», agitando la tarjeta de visita por encima de su cabeza como un trofeo. Gritó:

—¡Hemos iniciado una auténtica epidemia de tarjetas de visita por todo el país y finalmente ha sido una casualidad la que nos ha proporcionado la más preciosa de toda Dinamarca!



Las tres muchachas saltaron de sus asientos y se precipitaron hacia ella.

—No querrás decir que la has conseguido tú...

—Déjala ver, vamos...

—Tened cuidado en no arrugarla —dijo Puck.

Y tendió la tarjeta a sus compañeras.

Inger la tomó y examinó atentamente. Las otras dos chiquillas la contemplaron por encima de sus hombros.

—¿Qué es eso que hay escrito aquí?

—«La vida es siempre bella».

—¡Una linda frase! —exclamó Inger.

—Supongo que el señor Josiassen la escribió aquí tratando de retener esa cita y por no tener en aquel momento otro papel a mano.

—Una razonable explicación —dijo Navío, con un signo de aprobación hacia Puck—. Además esto hace la tarjeta más valiosa aún. ¡Ah, es formidablemente palpitante! ¡Qué suerte hemos tenido...!

—¿No os parece algo demasiado poético incluso? —preguntó Inger, un tanto insegura—. No está muy de acuerdo con el temperamento del señor Josiassen... ¿Y cómo reaccionará la señorita Fagerlund?

—Si queréis conocer mi opinión, se quedará hueca de pura felicidad —dijo Navío—. La señorita Fagerlung es una vieja romántica. Ya sabéis que es capaz de estar hablando durante horas del sol y de las flores y recitar etéreos poemas de nuestros grandes autores... ¡No me extrañaría que todo esto acabase en boda!

—Puesto que todas parecéis estar de acuerdo... —dijo Inger, que continuaba un poco escéptica y dudosa.

—No tenemos otro remedio —dijo Puck—. No disponemos de otra tarjeta que ésta y lo que lleva escrito es algo muy hermoso. Pudo ser mucho peor... Imaginaos que el profesor hubiera escrito aquí una receta de insecticidas... En todo caso, lo mejor es que lo pensemos durante una noche... Pongo la tarjeta entre las hojas de «Robinson Crusoe», y mañana ya veremos...

Cuando las muchachitas estuvieron acostadas, con la luz apagada, intercambiaron aún reflexiones acerca del ramillete de flores que la señorita Fagerlund recibiría al día siguiente. De repente, Karen interrumpió el diálogo diciendo:

—No comprendo cómo podemos darle las flores sin despertar sospechas.

—Ya lo he pensado —dijo Puck—. Tenemos lección de canto antes del almuerzo. Si uno de los chicos quisiera ir a buscar el ramillete al horticultor durante el recreo, podría luego entrar en la habitación de la señorita y volver a clase justo antes de que ella se diera cuenta de su ausencia. A partir de la comida del mediodía un aire más amable soplará en el colegio, ya que la señorita Fagerlund y el señor Josiassen se habrán reconciliado. ¡Gracias a nosotras!

—Sí —suspirió Navío, cuando el sueño la estaba ya invadiendo—. ¡Somos unos ángeles!

Ante la satisfacción general, el humor de la señorita Fagerlund había mejorado mucho. La madura señorita había sonreído ampliamente al entrar en clase y Puck tuvo tiempo de murmurar a Navío:

—El terreno está bien preparado.

—Vamos —dijo la profesora, sacando un diapasón de su cartera—, tratemos de hallar hoy la nota justa. ¿Preparados?

Un «sí» respondió a la exhortación cordial e hizo subir aún varios grados el buen humor de la profesora. Ésta tocó el diapasón e indicó la nota a las primeras voces.

—¡Una, dos, tres! Vamos allá...

Las muchachas cantaban a pleno pulmón y la señorita Fagerlund daba el ritmo con su diapasón. Le encantaba su trabajo y soñaba con poder un día dirigir un coro. Mientras agitaba el diapasón, en aquella hermosa mañana primaveral, se veía ya en una sala de concierto, donde miles de auditores entusiastas escuchaban el resultado de sus esfuerzos.



Cerraba los ojos y se abandonaba a ese sueño, cuando el crujido de una puerta la volvió bruscamente a la realidad. Levantó la mirada y miró hacia la entrada, donde Alboroto acababa de aparecer.

La señorita Fagerlund golpeó su tarima con el diapasón.

—¡Hugo! Vienes tarde...

—Perdón —dijo Alboroto, que ya había conseguido llegar a su lugar—. Lo siento, señorita, pero...

—¡Siéntate!

Alboroto se sentó. La señorita Fagerlund tosió nerviosamente y dijo:

—Sabéis que detesto a los que se retrasan.

Nadie respondió. Aquella reflexión no solicitaba ningún comentario. Prosiguió la lección, pero el buen humor inicial de la profesora había desaparecido.

Por más que el diapasón parecía despedir destellos, marcando la medida, el coro femenino carecía de calor y entusiasmo. Las muchachitas cantaban como si las dirigiera una máquina.

—¡Muy mal! —exclamó la señorita Fagerlund—. Hay que poner más ánimo... Las palabras de una melodía tienen gran importancia.

Recomenzaron el mismo cuplé, pero la inspiración seguía brillando por su ausencia.

La profesora se enojó.

—Cantáis sin ningún interés —dijo—. Esta canción es una de las más bellas de Dinamarca y se diría que no tenéis la menor idea de lo que significa.

Hubo una conversación general a propósito de la canción y, en

un rincón, dos muchachos y una chica se disputaron acerca del significado de una palabra.

En medio de tanta agitación, Puck se atrevió a preguntar a Alboroto:

—¿Has puesto las flores en su habitación?

—Sí, todo va bien —dijo Alboroto, guiñando maliciosamente un ojo.

—¿Qué clase de flores eran?

—No lo sé, pero eran lindas.

—¿De qué color?

—Amarillas. Pero ignoro cómo se llaman.

La señorita Fagerlund usó de nuevo su diapasón para golpear la tarima.

—¡Un poco de calma en clase! ¿Por qué tanta excitación? Vamos a ver, Bente, explícanos de qué se trata el tema de esta canción.

Puck se levantó.

—Habla de un jovencito que, enamorado de una doncella, tiró a su paso un trozo de madera donde había grabado su nombre.

—¿Qué significa esto?

—Pues bien, antiguamente se creía que este gesto forzaba a una persona a amar a la otra.

—Perfecto. Era una superstición. ¿Hay algo semejante hoy en día?

—No —respondió Puck—, no, me parece.

La profesora sonrió con su aire de madura señorita romántica.

—Sí, sí... Algo hay aún por el estilo... ¿No sabes qué Bente?

Puck reflexionó un momento y por fin su rostro se iluminó.

—¡Ah, sí! —exclamó—. Si alguien envía un regalo a otra persona... Flores, por ejemplo...

Los conjurados estuvieron a punto de desmayarse. La señorita Fagerlund asintió satisfecha.

—Sí —asintió—, actualmente un ramo de flores suele producir el mismo efecto.

Echó una divertida mirada a su alrededor.

—Ya sabéis sin duda que se concede gran importancia al color de las flores. Una flor roja quiere decir amor; una flor blanca, pureza...

Los alumnos suspiraron y se reclinaron en sus asientos. Conocían bien a la señorita Fagerlund y la sabían muy capaz de estar charlando todo el resto de la clase sobre flores.

—Se dice que el verde es el color de la esperanza. «La esperanza es verde tierno», dijo Hanne Irgens en sus poemas... y...

Puck se sobresaltó. ¿Hanne Irgens? Aquél era el nombre que figuraba escrito en la tarjeta del señor Josiassen. Nunca lo había oído anteriormente y hete aquí que en un solo día lo hallaba dos veces a su paso. Maquinalmente levantó una mano.

—¿Quién es Hanne Irgens? —preguntó inocentemente. La señorita Fagerlund frunció el entrecejo, con aire reflexivo.

—A decir verdad —comenzó—, no hay mucho que decir de ella, salvo que ya ha muerto y que escribió un exquisito poema titulado «La vida es siempre bella».

La señorita Fagerlund sonrió de nuevo soñadoramente y miró, a través de la ventana abierta, las primaverales ramas de los árboles.

—«La esperanza es verde tierno...» —suspiró.

—¿Qué significa el azul? —preguntó Cavadador.

La profesora se sobresaltó. ¡Estaba en las mismas nubes!

—¿Azul, dices? Pues, sí... Se habla de la flor azul de la poesía.

—¿Qué significa esto? —siguió preguntando Cavadador, a quien gustaban las respuestas precisas y era poco amigo de poéticas elucubraciones.

—La flor azul de la poesía... Pues, bien... —respondió la señorita Fagerlund, ligeramente turbada—. El cielo es azul, la mar es azul... Imaginad que es azul todo lo que es lejano e inaccesible... ¡Es difícil de explicar! Quiero decir que...

Cavadador sintió compasión de la profesora, que proseguía su disertación sobre lo que, para el muchacho, no eran más que pamplinas.

—¿Y el amarillo, entonces?

—¿El amarillo?

La expresión de la señorita Fagerlund se hizo de pronto terriblemente ácida.

—Amarillo —dijo— es el único color que no puedo soportar. Es el color de la hipocresía, y personalmente siempre que veo amarillo me siento mal.

Puck y Navío intercambiaron asustadísimas miradas.

* * *

El siguiente cuplé fue cantado aún de modo más mecánico que el precedente. Puck y los demás conjurados hacían un sobrehumano esfuerzo para seguir el *texto* y la melodía.

La señorita Fagerlund detestaba el amarillo. ¡Y en su habitación la estaba esperando un ramillete de flores amarillas con la tarjeta del señor Josiassen! Toda su astuta trapisonda, elaborada con la única finalidad de reconciliar a los dos profesores, amenazaba con convertirse en catástrofe.

Puck se inclinó en su pupitre y escribió en un trozo de papel:

«¿No podrías ir a recoger el ramillete?».

Convirtió el papel en bola y lo echó hacia Alboroto. Sin que la profesora se diera cuenta, el muchacho consiguió leerlo; después se levantó y, en medio de la canción, pidió permiso para salir de clase.

La señorita Fagerlund estaba furiosa y silenció bruscamente el canto.

—¡No contento con llegar tarde a clase, te atreves ahora a interrumpirme! Debería darte vergüenza...

—Sí, pero —dijo Alboroto, tratando de mantenerse serio— es algo muy necesario.

—¡Siéntate! —ordenó la profesora, quien debía de estar pensando que había llegado el momento de imponerse—. ¡Y no vuelvas a moverte hasta que finalice la clase!

Alboroto se sentó, mirando descorazonadamente a Puck. Karen recogió el diapasón y la señorita Fagerlund, ahora de pésimo humor, ordenó iniciar de nuevo el canto.

Comprendiendo que no había ya esperanza alguna de poder salir de clase, a menos que sonara la campana, Puck se propuso salir disparada en cuanto la oyera, para tratar de quitar el ramillete antes de que la señorita Fagerlund penetrara en su habitación.

De nuevo escribió algo en una esquina de papel y envió la bolita a Navío:

«Trata de retener un poco a la profesora después de la lección.

Hazle alguna pregunta».

Navío hizo un gesto afirmativo, mostrando que ya lo había entendido, pero ya la profesora se había dado cuenta de que estaba sucediendo algo anormal. Se precipitó por entre los pupitres, se detuvo ante Navío y dijo:

—¡Lise! Dame este papel...

Navío acababa de tirar al suelo la bolita de papel. Respondió:

—No es nada, señorita...

—¡Dámelo! En seguida...

Los labios de la señorita Fagerlund temblaban. Tenía los nervios a flor de piel. Navío se puso a gatas bajo su pupitre y envió la bolita tan lejos como pudo.

—No lo encuentro, señorita, pero no era nada, se lo aseguro...

En aquel instante, sonó la campana. Toda la clase suspiró de puro alivio. Incluso Navío, que se encontraba en una situación difícil, sonrió. La señorita Fagerlund paseó la mirada de un lado a otro. Sus mejillas ardían y sus labios temblaban. Dijo agriamente:

—Desde hace algún tiempo, esta clase es cada vez más disipada. Si esto sigue así, se lo comunicaré al director. ¡No permitiré por más tiempo tales muestras de indisciplina! Y que nadie se mueva ahora, hasta que yo me haya ido del aula.

Inger tosió ligeramente y comenzó:

—Señorita, si usted quisiera explicarme...

—¡No, no quiero explicar nada! —respondió la profesora, que salía de la clase a grandes pasos.

—Dejadme pasar, no tengo tiempo que perder —dijo Puck, abriéndose camino hacia la puerta.

Una vez fuera, atravesó vivamente el patio de recreo y se dirigió hacia el domicilio de los profesores. No se veía a la señorita Fagerlund por ningún lado, pero, corriendo como corría, estaba segura de poder llegar antes que ella a su habitación. Su corazón latía alocadamente cuando alcanzó su objetivo. Pero presa de súbito pánico, se detuvo ante la puerta. ¿Y si alguien la veía entrar? Sin poder explicarse por qué, tenía la impresión de que la pieza no se hallaba vacía.



Prestó atento oído. ¿No se oían pasos, acaso? ¡Sí! Alguien se paseaba arriba y abajo por el interior de la habitación. En el mismo instante, oyó otros pasos acercándose por el pasillo.

Puck echó una ojeada a su alrededor, buscando un lugar donde esconderse, y no vio nada mejor que el descansillo que conducía al primer piso. Subió rápidamente varios escalones hasta quedar oculta a la vista de la persona que se estuviera acercando. Escuchó abrirse una puerta y volverse a cerrar. Los pasos del corredor se acercaban cada vez más, y, asomando un poco la cabeza para ver, alcanzó a distinguir a la señorita Fagerlund que se dirigía hacia su cuarto.

En aquel instante, se escuchó un golpe dentro, y Puck comprendió que alguien acababa de saltar por la ventana, cerrándola luego de golpe.

Agachada en un peldaño, Puck se asomó a la ventanuca del descansillo para mirar al exterior y por poco se quedó sin aliento.



Acababa de reconocer al hombre encontrado en el bosque, el que había asustado a Black. Reconoció la barba y los oscuros cabellos.

Se quedó quieta sin poder mover un dedo.

¡Un ladrón!

Y, en aquel momento, la señorita Fagerlund abrió la puerta y penetró en su habitación.

¡El desastre ya era inevitable!

— VI —

Puck permaneció indecisa algunos segundos. Después se levantó y bajó corriendo la escalera. Corrió a lo largo del pasillo y abrió la puerta de entrada. Felizmente no había nadie ante la casa, nadie la había visto. Cruzó por entre los árboles y se encaminó hacia la entrada principal que alcanzó en el mismo instante en que sus compañeros llegaban al refectorio. Se mezcló al grupo charlatán y jocoso, aunque ella permanecía silenciosa, reflexionando intensamente, ya que no sabía qué debía hacer.



Habían robado en la habitación de la señorita Fagerlund. Puck había visto al ladrón con sus propios ojos y, además, le había reconocido. Pero habría encontrado difícil explicar por qué se hallaba en la escalera de las habitaciones de los profesores en el momento en que el ladrón huía. ¿Quién creería su explicación de que había ido allí con la intención de quitar un ramillete de flores amarillas? ¡Era tan increíble!

Permanecía erguida en su silla, como los demás, esperando la

entrada del director. Todos los profesores y alumnos estaban allí, salvo la señorita Fagerlund. Puck miró a través de la ventana y vio venir a la profesora precipitadamente. Resultaba evidente que se hallaba en un estado de gran excitación.

El director echó una ojeada a su alrededor y dijo:

—Falta la señorita Fagerlund.

—Ahora llega...

—Perfecto. Esperémosla antes de sentarnos.

El director miró a su vez por la ventana y vio a la madura señorita que corría con todas sus fuerzas. La observó sonriendo y dijo:

—¡No tenemos tampoco tanta prisa!

Se oyeron pasos en el pasillo y la puerta se abrió. La señorita Fagerlund apareció en el umbral y su conmoción fue evidente para todos. Su respiración era acelerada, tragaba saliva y no podía pronunciar palabra. La sonrisa del director se desvaneció.

—Pero, señorita... ¿Le ha ocurrido algo?

—¿Que si me ha ocurrido algo?

La pobre mujer estaba sofocadísima.

—Sí, creo... creo que hay un ladrón... en mi cuarto... ¡Un ladrón!

Gritaba tanto que su voz resonó bajo el techo.

Todo el mundo la miró aterrado. La señora Frank se acercó a ella y puso una mano encima de su brazo.

—Vamos, vamos, señorita... ¿Qué dice usted?

—Mi ventana estaba abierta... Y la cajita de plata que había en mi mesa ha desaparecido... ¡Una cajita que había pertenecido a mi tatarabuela!

La noticia del robo provocó animadas discusiones en el refectorio. Todo el mundo hablaba al mismo tiempo. Para los alumnos, era una sensación formidable. Los profesores se sentían inquietos y desolados. La señora Fagerlund avanzó unos pasos, sostenida por la señora Frank; ésta le acercó una silla donde la buena profesora se derrumbó.

—¡Imáginese! —suspiró—. ¡Un ladrón!

—Debemos prevenir a la policía —dijo el director cuando todo el mundo se hubo calmado un poco—. Precisamente ya está

haciendo una investigación desde que Annelise recibió el disparo. Voy a telefonar inmediatamente. Mientras tanto, pueden empezar a comer...

Puck había seguido los acontecimientos con interés y se preguntaba qué debía hacer. Finalmente tomó una decisión. Cuando el director salió, ella fue tras él. Antes de llegar a su despacho, el señor Frank se dio cuenta de la presencia de la muchacha y se volvió hacia ella:

—¿Qué ocurre, Puck? ¿Tienes algo que decirme?

—Sí, quisiera...

—En este momento, tengo prisa. ¿Puede esperar lo que has de decirme? Puck sacudió la cabeza:

—No, ya que es a propósito del robo... Yo creo haber visto al ladrón. El director la miró estupefacto.

—¡No puedo creerlo! Entra y cuéntamelo todo.

Ambos penetraron en el despacho y Puck decidió hablar sólo del ladrón. ¡Le resultaba del todo imposible hablar del complot para reconciliar a los dos profesores y del ramillete de flores amarillas! Dijo:

—Después de la lección de canto, salí un momento y entonces vi al hombre que estoy segura era el ladrón.

—¿Dónde le has visto?

—En el jardín. Venía de las habitaciones de los profesores. Seguramente es él quien ha robado en el cuarto de la señorita Fagerlund.

—Seguramente. ¿Podrías describir su aspecto a la policía?

—Nada más fácil, ya que se trata del mismo hombre que Annelise y yo vimos en el bosque.

—¿Estás segura? —preguntó el director muy serio—. Dime una cosa...

El director miró hacia la alfombra por un instante, reflexionando. Después irguió la cabeza y dijo:

—No, nada. Eso puede esperar. Gracias, Puck. Puedes ir al comedor.



Tomó el teléfono y ella regresó al refectorio. Cuando el señor Frank regresó poco después, se estableció el silencio en la gran sala.

Dijo:

—La policía llegará de un momento a otro. ¿No sería conveniente ir a echar una ojeada a la habitación robada? No sé si la señorita Fagerlund...

—¡Por nada del mundo volveré allá sola! —declaró la madura señorita con firmeza.

El director disimuló una divertida sonrisa y dijo:

—Propongo que vayamos varios. Tal vez el señor Josiassen tenga la amabilidad de acompañarnos... Y Frederiksen... Y tú, Bente. Vayamos en seguida.

Puck se levantó. No le complacía demasiado formar parte de aquel solemne grupo, pero comprendía que era el testigo principal del asunto.

Caminaba detrás de los otros y se dio cuenta de que el señor Josiassen intentaba acercarse a la señorita Fagerlund, pero ésta lo evitaba sistemáticamente. El director, sin duda, estaba al corriente de la enemistad de los dos profesores y había tenido una bien clara intención de reconciliarlos valiéndose de aquella circunstancia.

Un instante más tarde, todos estaban en el cuarto de la señorita Fagerlund.

—Miren —dijo la señorita Fagerlund mostrando una mesita en el centro de la pieza—, allí estaba mi cajita de plata.

Medio llorosa, añadió:

—¡Había pertenecido a mi tatarabuela!

—Sí, es terrible —reconoció el señor Frank.

Se acercó a la ventana, la abrió con suavidad y permaneció un rato inclinado hacia el exterior.

—Hay huellas en el suelo —dijo—. Parece ser que en efecto alguien ha saltado por la ventana y ha huido en dirección al lago.

Durante este tiempo, la señorita Fagerlund se había paseado nerviosamente por el cuarto, y Puck la seguía con la mirada. Las famosas flores amarillas estaban en la mesa. La profesora no las había visto aún. Entonces la señora Frank se acercó a la mesa, tomó el ramillete y lo tendió a la señorita Fagerlund. Puck se sentía tan nerviosa como si estuviera viviendo una película de gangsters.

—Mire —dijo la señora Frank estas flores son para usted.

—¿Flores? —exclamó distraídamente la madura señorita. Quitó el papel que las cubría y estuvo a punto de perder el sentido.

—¡Amarillas! —exclamó con profundo disgusto.

Tomó la tarjeta que había entre ellas, leyó la inscripción y, rápida como un rayo, se volvió hacia el señor Josiassen y le echó el ramillete a la cara.

—¡Sinvergüenza! —gritó—. ¡Esto ya es el colmo!



El director se volvió vivamente y miró con asombro a la señorita Fagerlund. La señora Frank avanzó unos pasos hacia ella. El señor Frederiksen también pareció dispuesto a intervenir. ¡Y Puck hubiera querido que la tragara la tierra!

No es fácil prever qué hubiera podido pasar a continuación si no se hubieran escuchado pasos en el pasillo y si las cabezas de dos inspectores de policía no hubiesen asomado por la puerta.

—¡La policía!

El señor Josiassen tenía aún en la mano el ramillete amarillo que había recibido en plena cara. Lo miraba con expresión atónita y miraba también a la señorita Fagerlund con una mezcla de curiosidad y enojo. Pero la llegada de la policía cambió la situación. Ahora se trataba de otra cosa.

—¿Han puesto ustedes una denuncia? —preguntó uno de los inspectores.

—Sí —contestó el señor Frank, cuya expresión seguía siendo asombrada—. Yo he telefoneado a causa de un robo cometido aquí hace poco más de una hora...

Hizo el relato completo de lo sucedido, y ambos policías examinaron la habitación y luego las huellas de la ventana. A continuación hicieron algunas preguntas a Puck acerca del hombre que ella había visto. Puck respondió lo mejor que pudo y uno de los inspectores continuó:

—¿Estás segura de que se trata del mismo hombre que encontrasteis en la plantación?

—Sí, estoy segurísima, a pesar de que apenas lo he entrevisto.

—¿Podrías indicarnos exactamente por qué lado ha huido?

Puck describió el camino emprendido por el ladrón. Uno de los policías salió al jardín, mientras el otro, a través de la ventana, seguía los movimientos de su compañero.

—Y acabó por desaparecer en dirección del lago y del bosque —dijo Puck, finalmente—. Ya no le he visto más.

El inspector se volvió hacia la chiquilla.

—¿Y dónde estabas tú cuando le viste? —preguntó interesado.

Puck enrojeció. Su mirada se hizo huidiza. Como un destello, entrevió el rostro perspicaz del director, muy serio. El señor Frank le puso la mano en un hombro.

—Bente daba un paseo por el patio. Se hallaba en una esquina del edificio. ¿No es eso, Bente?

Puck bajó la cabeza, pero no dijo nada. El inspector se puso el carnet en el bolsillo y dijo:

—Eso no nos aclara gran cosa. Según los datos que nos señala esta chiquilla, se trata sin duda de «Rasmus el Fuerte». Pero no sabemos a dónde habrá ido.

—No puede estar lejos —observó el director.

—Usted no le conoce bien —dijo el inspector—. Es muy astuto cuando se trata de esconderse. Además, no teme vivir en las peores condiciones y así puede permanecer invisible en el pantano o en el bosque por tiempo indefinido. Y ahora que se acerca el verano, todo está a su favor. No me extrañaría que se hubiera arreglado una cabaña o gruta en el bosque, y se ocultara allí hasta que el peligro haya pasado.

El inspector rió un poco y después se encaminó hacia la puerta.

—Ya les tendremos al corriente —dijo—. Hasta la vista.

Le acompañaron hasta la entrada principal donde su compañero le esperaba ya en el coche. Poco después, los policías habían desaparecido por entre la avenida bordeada de árboles. El director miró a alumnos y profesores que le rodeaban.

—Vamos ahora a comer rápidamente y a proseguir nuestra jornada de trabajo. La campana debe de haber sonado hace rato.

Correspondía al señor Josiassen dar clase a Puck después de la comida y lo único bueno que pudo decirse de aquella lección de física es que, debido al retraso en comenzarla, fue más corta que de costumbre. Sumergida en sus pensamientos, Puck sólo escuchaba a medias, mientras que el señor Josiassen, en lo alto de su tarima, gruñía al menor error u olvido. Puck estaba reflexionando en lo peligroso que es comenzar a ocultar o tergiversar la verdad. Si el director no hubiera acudido en su ayuda, la situación para ella habría sido más que apurada. El señor Frank, probablemente, se había dado cuenta de que ella mentía al hablar de su paseo, no hallando lógico que se encontrara en aquella parte del pensionado en el momento del robo.

Aquella situación la molestaba muchísimo. Puck amaba la verdad y se hacía un punto de honor el no mentir nunca. Y sin embargo, resultaba difícil de explicar todo el asunto del ramillete amarillo...

A pesar de su malhumor y sombríos pensamientos, Puck no pudo contener una sonrisa al recordar el ramillete violentamente arrojado contra el rostro del pobre señor Josiassen... ¡Qué distintas habían resultado las cosas a como ellos las habían imaginado! El ramillete, que tan caro les había costado, estaba destinado a reconciliar a dos personas y, por el contrario, las había enemistado más aún.

Era terrible...

—Bente, ¿qué he dicho?

Puck se levantó y encontró la mirada del señor Josiassen, que nada bueno presagiaba.

—No lo he oído, señor —respondió sinceramente.

—¿No estabas escuchando?

—No, señor.

—¡Mal educada! Te pongo un cero. Y ¿por qué no estabas escuchando, si es que me permites la pregunta?

El tono estaba impregnado de mal contenida irritación.

—Pensaba en todo lo que acaba de pasar —dijo Puck—. En lo que acaba de pasar allá, en las habitaciones de los profesores...

El señor Josiassen se levantó y se acercó a Puck. Parecía dispuesto a abofetearla. Puck le miró a la cara, sin temor. Puesto que tenía la conciencia tranquila y nada grave había hecho, el señor Josiassen no tenía por qué saltar como un tigre únicamente por hallarse de mal humor.

—Sí —repitió— reflexionaba en lo que ha pasado en la habitación de la señorita Fagerlund y no hay nada malo en ello. Pero lamento no haber estado atenta a la lección y comprendo que me merezco un cero.

Las lágrimas pugnaban por brotar de sus ojos, pero se dijo que no debía llorar. Ella y el señor Josiassen se desafiaron un rato con la mirada, después de lo cual el profesor dio media vuelta y regresó a su tarima. Se sentó y se pasó una mano por delante de los ojos.

—¡A fe —dijo, y su tono era más humano y amable, como lo había sido en el pasado—, a fe que tienes razón! Todo lo sucedido allí proporciona materia para reflexionar.

Se volvió hacia Puck y esta vez un esbozo de sonrisa brilló en sus ojos. Después tomó su estilográfica y le quitó el capuchón.

—Pero ¡de todos modos tendrás un cero! —declaró e inscribió la

nota en su cuaderno.

Puck se sentó y suspiró profundamente. Sentía unas locas ganas de llorar, pero no lo hizo.

—Hemos estado hablando de líquidos corrientes —dijo el profesor—. En una próxima ocasión haremos un experimento acerca de este fenómeno...

Puck suspiró de nuevo y en aquel momento una bolita de papel cayó sobre su pupitre.

Con precaución, se inclinó y la abrió. Había escrito a lápiz: «Has conseguido salirte bien del apuro. Pero ¿qué es lo que ocurrió? Hay que celebrar una reunión inmediatamente después de la clase. Annelise».

Ella asintió en dirección a su amiga. Sí, desde luego, temas de conversación no les faltarían. Los conjurados no habían conseguido sus fines, pero una nueva idea se estaba ya abriendo camino en su mente. Era una idea temeraria, desde luego, pero si conseguían llevarla a cabo todos los problemas se resolverían de golpe, por lo que bien valía la pena correr riesgos.

Sobre todo cuando no había forma de evitarlos.

— VII —

Fue justamente una hora antes de ir a acostarse, aquella misma noche.

Los habitantes del «Trébol de Cuatro Hojas», acompañados por Annelise, estaban absorbidos por sus proyectos.

—¡Qué historia! —dijo Inger—. A decir verdad, me parece que hemos ido demasiado lejos. Sería mejor que...

—¡Bah! —respondió Karen—. Tú tienes miedo a todo.

—No —protestó Inger—, no a todo, pero de todos modos debemos poner un límite a los riesgos que corremos.

—Deja que Puck exponga su plan una vez más —dijo Navío—, y a continuación reflexionaremos acerca de lo que debemos hacer.



—Ya os lo he explicado todo —dijo Puck—. Parto del hecho de que el ladrón de la señorita Fagerlund es el cazador furtivo, «Rasmus el Fuerte». Annelise también le vio y nuestro encuentro en la plantación fue muy desagradable. Creedme, no es precisamente un buen muchacho. Mi proyecto consiste en que vigilemos la

trampa que tiene colocada en el bosque del Oeste. Cuando vaya a inspeccionarla le seguiremos para descubrir su escondite. Entonces nos dividiremos en dos grupos: uno de ellos irá tras «Rasmus el Fuerte» y el otro tratará de recobrar la cajita de plata y devolverla a la escuela...

—Sí —dijo Karen—, es una excelente idea el tratar de devolver la cajita a la señorita Fagerlund. La pobre estará loca de alegría...

—Pero ¿cómo saldremos de aquí para todo esto? —preguntó Inger un poco inquieta.

—Deberíamos irnos esta noche, de modo para poder estar espionando a Rasmus desde mañana temprano —dijo Puck.

—Sí, pero no estamos autorizadas a salir del pensionado.

—Sí, es cierto. Por eso pienso pedir permiso.

—Jamás nos lo darán —dijo Inger—. El director se negará.

—¿Por qué, si el guardabosques Bang viene con nosotras? —preguntó Puck—. Le rogaré que venga en cuanto haya hablado con el director, lo que voy a hacer ahora mismo.

Las demás la miraban con la boca abierta.

—Desde luego, Puck, hay que admitir que tienes agallas. ¿Vas ahora, pues?

—Sí —dijo Puck—. También debo hablarle de otra cosa...

Dijo adiós con un gesto a sus asombradas amiguitas y salió del cuarto. Una vez llegada al vestíbulo, llamó a la puerta del despacho del director. Desde el interior le respondieron:

—Entre...

Puck entró.

El director estaba instalado en un sillón, a la luz de una lámpara. Leía. La señora Frank estaba cosiendo. Ambos levantaron la vista cuando la puerta se abrió.

—Buenas noches, Puck, pasa, pasa...

—Gracias.

Dudó un momento en el umbral. El director se quitó la pipa de la boca y la miró, mostrándole una silla.

—Siéntate. ¿Deseas verme?

—Sí.

Ella se sentó y hubo un instante de silencio. La señora Frank sonrió a Puck. La atmósfera era tan agradable, que la muchachita

no sabía por dónde empezar.

—Le debo una explicación, señor —dijo—. Es a propósito de lo ocurrido hoy...

El director parecía muy ocupado mirando su pipa. La golpeó contra la otra mano y dirigió una amistosa sonrisa a Puck.

—Bien, bien... Lo que vienes a decirme es que, cuando viste al ladrón, no te hallabas en el exterior del edificio, sino en el interior, en las habitaciones de los profesores.

Puck se quedó paralizada.

—Usted... ¿lo sabía?

—Desde luego —respondió el señor Frank, con desenvoltura—. Lo he sabido desde el principio, pero estoy contento de que hayas venido a contármelo. Supongo que no es necesario preguntarte qué hacías allí ya que debe de tratarse de un caso de fuerza mayor. ¿No?

—En efecto —repuso gravemente Puck—. Y si no se lo he dicho en el acto es porque la razón que me tenía allí es tan extraña que he pensado que a usted le resultaría difícil creerme.

Hubo un corto silencio. Después el director dejó su pipa, se inclinó hacia delante y preguntó en tono confidencial:

—¿Fuiste allí para quitar las flores amarillas?

Aquella vez Puck se quedó helada. ¿Acaso aquel hombre lo sabía todo? En silencio, Puck asintió, mirándole admirada.

—Vamos, no se hable más de esto —dijo él, disimulando una sonrisa—. Ya me lo contarás en detalle otro día, aun cuando ya empiezo a verlo claro. Debo decirte que me he sentido agradablemente sorprendido de vuestras buenas intenciones... aunque los resultados hayan sido... tan malos. Pero dime sólo una cosa: ¿dónde encontrasteis la tarjeta?

—La... la encontré delante de esta puerta, en el suelo —respondió Puck.

No sabía si reír o llorar. De súbito se asustó a la mera idea de que la señorita Fagerlund y el señor Josiassen pudiesen ser puestos al corriente de todos sus tejemanejes.

El director sacudió la cabeza:

—No, no tienen por qué enterarse. Desde luego yo no se lo diré. Hasta nueva orden os veréis forzados a considerarme cómplice. No

habrá inconveniente, espero.

—No, desde luego —dijo Puck con radiante sonrisa. Pero en seguida su expresión volvió a ser grave—: Tengo algo que pedirle.

Y en breves palabras expuso su plan, con gran precisión. El director la escuchó muy seriamente y repetidas veces sacudió la cabeza. Cuando Puck hubo acabado, dijo:

—Esto me parece fantástico, aunque bien combinado. Pero no puedo asumir la responsabilidad de dejaros ir a semejante expedición. Se lo contaremos todo al guardabosques y que él espíe al ladrón. ¿No es ésa una mejor idea?

—No —contestó francamente Puck—. Bang no sería capaz de seguir al cazador furtivo sin ser descubierto.

—¡Muy lamentable! Pero de todos modos el hombre será arrestado. No me parece que «Rasmus el Fuerte» pueda defenderse contra Bang.

—Pero en tal caso no se descubrirá su escondite y la cajita de plata de la señorita Fagerlund no será recuperada jamás —dijo Puck—. Si Bang viniera a vigilarnos y fuéramos varios, podríamos deslizarnos tras las huellas de Rasmus y todos los problemas quedarían resueltos de golpe. Estamos habituadas a andar por el bosque y creo haber probado que sé cómo salir airosa de situaciones difíciles.

Dirigió al director una sonrisa que ella creía irresistible. La señora Frank se levantó, recogió su costura e hizo un pequeño gesto amistoso en dirección a la chiquilla.

—Esto parece un poco alocado, hijita. Pero la idea no es mala. Si pudiéramos estar seguros de que no correríais ningún peligro...

—No lo correremos. Permaneceremos siempre a distancia del hombre, y además nos acompañará el guardabosques. El director se levantó.

—De acuerdo —dijo—. Voy a hablar con Bang y, si él promete velar por ti y tus amigas, os permitiré salir. Pero no hay que exponerse a ningún peligro. Simplemente permanecer ocultas donde visteis la trampa y tratar de averiguar dónde se esconde Rasmus. Pensad que se trata de un criminal sin escrúpulos, y si Bang duda aunque sea un poco, no iréis. ¿De acuerdo?

—Sí, gracias —contestó Puck.

Ya era noche cerrada cuando la expedición se puso en marcha.

Y como fuera que, al cabo, Puck sólo obtuvo permiso para llevarse a una sola amiga, Navío había sido la feliz elegida. Las muchachitas se vistieron convenientemente con pantalón de lana y gruesos suéteres. Para dar con los atuendos más cálidos y de colores más oscuros, los habían pedido prestados entre las compañeras: se trataba de camuflarse lo mejor posible.

Se encaminaron a la casa del guardabosques Bang, donde durmieron unas horas en un diván de su saloncito. Él las despertó luego y les sirvió una taza de caliente café, para ayudarlas a espabilarse.

—¡Hay que ponerse en marcha ahora mismo, jovencitas! ¡Es tarde!

Atravesaron en silencio el oscuro bosque, con el temor de ser descubiertos. Después de haber estado bordeando el lago Ege, penetraron bajo los árboles. La noche era tranquila, pero a aquellas horas los bosques están llenos de mil ruidos. Las ramas se rompen, las hojas crujen suavemente... Pero las dos chiquillas no tenían miedo alguno. Aquella expedición nocturna las apasionaba, y se sentían tranquilas y seguras bajo la protección del guardabosques Bang.



Avanzaban lentamente hasta el lugar donde Annelise había sido herida. Aun cuando todo estaba oscuro, Puck conocía bien el lugar, y Bang conocía también el pasadizo en zig-zag

abierto por las bestezuelas. Una vez en el lugar de la trampa, buscaron escondites. Bang se apostó en un hueco a cierta distancia, mientras las dos jovencitas se deslizaban bajo las aserradas ramas de un árbol vecino. En primer lugar se agacharon, pero pronto les dolieron las piernas, de modo que se tendieron de costado a fin de poder levantarse rápidamente en caso de necesidad.

Sin querer confesarlo, se sentían fatigadas y tenían grandes dificultades en permanecer despiertas.

Sin darse cuenta del tiempo transcurrido, vieron aparecer las primeras luces del alba, empujando la oscuridad lenta pero progresivamente. Aquella evolución pausada encerraba una gran belleza, pero pronto su atención fue reclamada por otras preocupaciones.

¡Se acercaban pasos!

Pasos lentos, prudentes, que hollaban la tierra...

Puck dio con el codo a Navío y ambas amigas se miraron en la penumbra.

Después se pegaron contra el suelo, reteniendo el aliento.

Hubo un momento de silencio. Una rama crujió. Poco después unos arbustos se agitaron. Puck trató de mirar a través de la oscuridad. Súbitamente la luz de una linterna iluminó un corzo, que deslumbrado se quedó inmóvil. En el mismo instante sonó un disparo y la bestia se derrumbó. La linterna fue apagada.

Todo había sucedido en unos segundos.

De nuevo se escucharon pasos y un ruido como si el cazador furtivo estuviera arrastrando la bestia muerta. ¡Aquella era la ocasión que Puck había esperado! Murmuró al oído de Navío:

—Paso delante. Sígueme tú, pero de lejos para no ser descubiertas. ¿Entendido?

Navío asintió con un gesto. Puck se adentró en la oscuridad, tratando de ver entre el follaje las huellas del hombre. En cuanto hubo entrevisto una negra silueta, se puso a gatas y avanzó prudentemente en su dirección.

El cazador había arrastrado el corzo hasta un matorral y se disponía entonces a recubrirlo de hojas muertas. Con seguridad esperaba regresar después con un medio de transporte adecuado.

Se encaminó hacia el centro del bosque, mientras Puck le seguía a buena distancia, sin acordarse ya de Navío, que tenía la misión de seguirla a ella.

Súbitamente el hombre ojeó a su alrededor. El alba estaba ya avanzada y era fácil orientarse. Puck estaba tan excitada que olvidó la recomendación del director de permanecer oculta y avanzó sonriente.

«Rasmus el Fuerte» tenía, sin duda, su escondite en medio de una zona de espesos arbustos, donde era fácil vivir durante semanas sin ser descubierto. Si se había habilitado una pequeña gruta, con hierba seca y ramitas secas, podía muy bien permanecer allí con bastante comodidad hasta el día en que la justicia se hubiera olvidado de él, dividiendo su tiempo entre el robo y la caza furtiva.

Oculta tras un tronco derribado, Puck no dejaba de mirar los arbustos tras los cuales el hombre acababa de desaparecer. Unas ramas crujieron de nuevo y el hombre reapareció.

Por primera vez, ella le vio el rostro. Sí, era el mismo hombre con quien se había topado ya dos veces. No había duda alguna. «Rasmus el Fuerte» había instalado su cuartel general en aquel lugar. Sacó de allí una bastante estropeada bicicleta y se alejó en dirección este, por el camino mismo por el que había llegado. Probablemente regresaba en busca de la pieza cobrada.

Puck esperó a que él hubiera desaparecido y entonces se arriesgó a salir de su escondite. Si Bang se apresuraba, conseguiría reducir a Rasmus en el momento en que éste estuviera ocupado atando el corzo muerto a la bicicleta. Entretanto, ella exploraría la gruta y trataría de recobrar la cajita de plata de la señorita Fagerlund.

Con precaución, atravesó el claro y penetró entre los arbustos. Allí se encontró rodeada de pequeños troncos aserrados.

Durante varios minutos estuvo tratando de localizar la gruta y al fin la halló.

Tal como esperaba, estaba construida con hierbas secas y ramitas, de modo tan hábil que los árboles de los alrededores la

ocultaban totalmente a la vista.

La vivienda del cazador furtivo no era grande y había que penetrar en ella arrastrándose. Puck se agachó y entró sin titubeos. En el interior se veían varios objetos que no le era posible distinguir bien. Pasó una mano por encima de algunos y creyó comprender que se trataba de latas de alimentos. De pronto tocó algo liso y frío. Lo tomó.

¡Era la cajita de plata!

Y puesto que ya había cumplido con la parte que se había asignado de la misión empezó a arrastrarse en sentido inverso para salir de la gruta. Pero, repentinamente, gritó asustada. Alguien, desde el exterior, le había agarrado ambas piernas y tiraba de ellas tan fuertemente que la nariz de la chiquilla dio bruscamente contra el suelo. Un instante después, dos manos vigorosas la asían con fuerza. Una de ellas se puso contra su boca para impedirle gritar. Una voz maligna le murmuró al oído:

—Te creías muy lista, ¿eh?

Puck fue brutalmente sacudida. Trató de removerse para librarse, pero se sentía aprisionada como en una trampa. Su mente buscaba con desesperación una salida para aquella imprevista circunstancia. El hombre la puso de pie en el suelo.



—Si gritas, te golpearé —le dijo con su voz ronca, levantando amenazadoramente un puño.

Puck le miró. No se trataba del hombre visto antes. Por lo tanto, el cazador furtivo tenía un cómplice.

En aquel instante, comprendió algo que hubiera podido pensar mucho antes. El día en que Annelise había sido herida, habían oído

tres disparos muy próximos. Una escopeta de caza corriente tiene sólo dos cañones. Por lo tanto, era precisa por lo menos la presencia de dos cazadores. ¿Cómo no había caído en la cuenta de esto antes? ¡Ahora era ya demasiado tarde! Había caído en una trampa y no tenía la menor idea de cómo iba a acabar aquella historia.

— VIII —

El cazador furtivo la sacudió aún una vez más. Era un hombre robusto de facciones brutales, con una barba de varios días recubriéndole mentón y mandíbula.

—¡Debería matarte! —silbó entre dientes—. ¿Por qué has venido a meter las narices aquí a estas horas?

—Estamos practicando... ejercicios de... orientación —tartamudeó Puck—. Creía que...

—¡Creías!

La sacudió de nuevo. Después la soltó.

—¡No trates de escapar! —dijo amenazador—. Si lo intentas, te arrepentirás.

Puck le miró. Aun cuando ello significara correr un riesgo, trataría de huir. Después de todo se trataba de una cuestión de rapidez.

—Pero si no he hecho nada...

—¿Nada? ¿Y esa cajita de plata?

¡La cajita de plata! Había caído a sus pies, cuando el hombre la había puesto bruscamente de pie, y ahora brillaba al sol matinal.

Puck prefirió no responder, confiando en intentar una huida desesperada a través del bosque. Y así lo hizo. El cazador, gritando, salió en su persecución. «Todo depende ahora de mis piernas», pensaba Puck, mientras oía los rápidos pasos del hombre tras sus talones. Nunca en su vida había corrido tan rápidamente. Mentalmente bendecía las clases de gimnasia que habían entrenado sus músculos y le habían enseñado a correr con destreza. Pero el hombre no permitía aumentar la distancia entre ellos. Súbitamente

Puck vio algo moverse ante sí y comprendió que su salvación estaba allí. ¡Ya era tiempo! El hombre estaba a punto de alcanzarla. Puck sabía que Navío estaba oculta tras un árbol y había tenido tiempo de ver cómo su amiga empuñaba una gruesa rama, en una mano. Así que pasó tan cerca del árbol en cuestión como le fue posible, a fin de que su perseguidor pasara también por el mismo lugar.

Entonces oyó un golpe, un violento juramento y el ruido de una pesada caída. Desde su escondite tras el árbol, Navío había golpeado al cazador con la rama, con todas sus fuerzas, en las piernas, y éste había caído cuan largo era, mientras las dos amigas escapaban desesperadamente hacia los matorrales para tratar de reunirse con Bang.

Detrás de ellas, el cazador se levantó y prosiguió su persecución, pero ahora las muchachitas estaban muy lejos de su alcance. Cuando llegaron al lugar de la trampa, vieron a Bang luchando con «Rasmus el Fuerte», con una violencia que daba pánico. En cierto momento, Rasmus quiso dar un puñetazo a Bang, pero no lo consiguió, mientras que el guardabosques aprovechó la incidencia para golpear el estómago de su adversario, con un directo que le hizo retorcerse y caer al suelo.



El hombre que había perseguido a las dos amiguitas llegó al lugar de la pelea a su vez y, al darse cuenta de cómo estaban las circunstancias, dio media vuelta y escapó hacia el bosque, en tanto Puck y Navío corrían hacia Bang, quien buscaba una cuerda para atar a «Rasmus el Fuerte».

—¡Vaya, aquí estáis! —dijo Bang con calma, respirando profundamente, después del gran esfuerzo realizado—. Ya me

estaba preocupando por vosotras.

—Un hombre me ha sorprendido y perseguido, pero Navío le ha golpeado, salvándome. Ahora ha escapado a todo correr —dijo Puck, tratando de recobrar el ritmo de la respiración—. ¡Cielo Santo, qué emocionante ha sido todo! Hay una gruta al fondo del bosque llena, creo, de objetos robados. En todo caso allí he encontrado la cajita de plata de la señorita Fagerlund. ¿Querrá usted ir a verlo, cuando haya atado a ese hombre?

* * *

Profesores y alumnos estaban sentados para desayunar cuando se abrió la puerta y entró el guardabosques, seguido por Puck y Navío.

El director se levantó y se acercó a ellos.

—¡Qué contento estoy de volver a veros! —dijo calurosamente—. Después de vuestra partida, ayer noche, tuve remordimientos terribles por haber cedido a vuestros deseos, temiendo que algo pudiera ocurrirlos. ¿Cómo han ido las cosas?

—Extremadamente bien —dijo Navío.

—En todo caso, hemos cumplido nuestra misión —dijo Puck, guiñando un ojo—. ¡Pero hemos escapado de un buen peligro!

—Sí, lo suponía. Jamás debí permitirlos partir —dijo el señor Frank, suspirando—. Soy demasiado condescendiente con vosotros, amiguitos, y creo que a partir de ahora deberá reinar más disciplina en Egeborg.

—¡Oh, no! —gritaron a coro chicos y chicas—. ¡No hay que cambiar nada! ¡Estamos muy contentos tal como están las cosas! ¡No, señor director...!

El guardabosques echó una ojeada a su alrededor.

—¡Qué muchachos más encantadores! —dijo con entusiasmo—. Y debo añadir, señor director, que esas dos jovencitas han demostrado una presencia de ánimo y un valor admirables. Tenemos al cazador furtivo encerrado y no tardaremos en dar con su cómplice. Según la descripción de Puck, se trata de un empleado de una granja vecina, que ya me ha dado algunos quebraderos de cabeza.

Miró por segunda vez a su entorno y elevando la voz, dijo:

—Dos de vuestras compañeras me han ayudado esta noche a reducir a un malhechor, y aprovecho la ocasión para deciros que la caza furtiva es odiosa, ya que tortura a los animales de modo horrible. He visto a veces a chicos, que por falta de reflexión sin duda, se entretenían en disparar contra pajaritos dormidos en los árboles; la mayor parte de las veces sólo conseguían herirles. ¡Jamás se recomendará bastante a los jóvenes amor y respeto por la vida de nuestros amigos los animales! Gracias una vez más a las dos chiquillas que esta noche me han ayudado a capturar a uno de esos horrendos cazadores furtivos.

Puck y Navío enrojecieron cuando Bang quiso estrecharles la mano. Puck dijo entonces:

—Nos sentimos contentas de haber atrapado a la vez al hombre que robó en la habitación de la señorita Fagerlund y de haber recuperado el objeto que le sustrajeron.

Todo el mundo retuvo la respiración cuando Puck con la cajita de plata en la mano, se acercó a la señorita Fagerlund. Pero, ante la sorpresa general, pasó de largo sin detenerse ante ella para dirigirse al señor Josiassen.

—Le pedimos perdón por haber enviado ayer un ramillete a la señorita Fagerlund usando una tarjeta con el nombre de usted —dijo—. ¿Quiere tener la amabilidad de entregarle ahora esta cajita en nuestro nombre?

El señor Josiassen miró con asombro a Puck. Frunció el entrecejo y por un momento pareció enojarse. Pero, después de haber mirado rápidamente en dirección del director, que sonreía con todas sus fuerzas, sonrió a su vez ante el regocijo general. Tomó la cajita, atravesó la sala y entregó el lindo objeto de plata a la señorita Fagerlund. Ésta, con una disimulada sonrisa, dijo:

—Mil gracias, querido señor Josiassen.

Navío se inclinó hacia Puck y murmuró:

—«Querido señor Josiassen». ¡Las paces han sido firmadas!

—Sí, tal como deseábamos —respondió Puck

—¿No es cierto Bente? ¿No te parece que tengo razón? La voz del señor Strandvold resonó fuertemente a través de la clase.

—¿Qué he dicho? —rugió.

Puck se sobresaltó y miró a su alrededor. Navío trató de murmurarle algo, pero ella no consiguió entenderle.

Solamente vio remover los labios de su amiga en lo que le parecieron estúpidas gesticulaciones.

—Tercera persona del singular del presente, ¿no? —rugió el profesor—. ¿Qué es lo que he dicho de la tercera persona del singular del presente?

—Ha dicho... Ha dicho...

Los ojos de Puck vacilaron. No había escuchado nada de lo que había dicho el profesor Strandvold sobre los verbos ingleses en la tercera persona del singular del presente.

—Señorita Bente, después de clase, copiará los verbos que en la tercera persona del singular del presente no toman una «s» —dijo el señor Strandvold un tanto humorísticamente— y los copiarás diez veces. ¿Entendido?

Puck bajó la cabeza. Se daba cuenta de que todos la miraban y la molestaba ser así el centro de la atención general.

—Y dime, ¿cuáles son estos verbos?

—Son... son...

Puck reflexionó intensamente, pero fue incapaz de descubrir a qué clase de verbos se refería el profesor, el cual se levantó de su tarima y se acercó a ella.

—¿Dónde se hallaban hace un momento los graciosos pensamientos de la señorita Winther, mientras este pobre pedagogo estaba hablando de los verbos *shall, can, may, must y ought to*?

—En ninguna parte —murmuró Puck.

—¡Hum!

El profesor observó a Puck un instante con mirada escrutadora. Su aire irónico había desaparecido. Pero comprendió que había perdido la partida al no usar un clásico tono severo desde el primer momento.

Volvió a su asiento y dijo:

—Prosigamos. ¡Hugo!

Alboroto se levantó, haciendo sonar sus tacones.

—¿Puedes decírmelo tú?

De nuevo los pensamientos de Puck huyeron lejos de la clase de inglés. Karen y Navío la observaban gravemente. Cuando Inger le dio un codazo, Puck pareció despertar de las nubes y estuvo a punto de tirar sus libros al suelo. Felizmente sonó la campana. La clase había concluido.

Puck recogió sus libros y salió con los demás. Annelise trató de tomarla de un brazo, pero Puck se desasíó.

—¿Qué quieres?

—Hablar un rato contigo —dijo Annelise con tono desenfadado—. Tengo proyectos para el concurso hípico. Podemos organizarlo juntas. Quiero que papá establezca premios e invitaremos a los mejores jinetes de la comarca...

—Será divertido —dijo Puck, amablemente—. Pero ya me lo contarás en otra ocasión.

—¿Qué te sucede, Puck? —exclamó Annelise—. No eres la misma de siempre.

—No tengo nada...

—Pues nadie lo diría —continuó Annelise—. Durante la clase de inglés has estado en la luna y ahora...

—¡Annelise!

Era Inger quien la llamaba. Annelise volvió la cabeza.

—¿Qué ocurre?

—Ven. Tengo que hablarte. ¡Rápido!

—Voy...

Annelise partió corriendo hacia la escalera. Puck la siguió con la mirada y respiró con alivio. Sí, su amiga tenía razón. Algo le ocurría. Pero se trataba de algo de lo que no quería hablar. Por otra parte, si empezaba a hablar de ello se pondría a llorar en seguida... Así que decidió encaminarse al jardín, lejos de sus amigas. Una vez lejos de miradas curiosas, sacó una carta del bolsillo de sus pantalones. Había llegado aquella mañana de Valparaíso. Y Puck la había leído tantas veces que se la sabía de memoria.

... su padre ha sido trasladado al hospital y yo le he prometido escribirle a usted. Él había proyectado regresar para las vacaciones de este verano, pero parece ser que no va a ser

posible. No puedo decirle gran cosa de su enfermedad, aunque creemos que es una fiebre debida al clima. Pero confiamos en que no será nada grave. De todos modos su padre necesitará algún tiempo para reponerse. La tendré al corriente...



El resto de la carta eran sólo palabras amables tratando de velar el hecho de que su padre estaba enfermo en un hospital de Valparaíso. Le había escrito uno de los ingenieros que trabajaba a sus órdenes. Hacía ya algún tiempo que el ingeniero Winther había anunciado a su hija que regresaría para pasar las vacaciones junto a ella. La noticia había causado a Puck una alegría indescriptible.

Por muy habituada que estuviera ya a la compañía de sus compañeras y a la vida del pensionado de Egeborg, que tanto le gustaba, echaba mucho de menos a su padre. La idea de pasar con él las vacaciones la había hecho tan feliz que había estado sonriendo sin cesar durante semanas. Sin embargo, nada había dicho de aquel maravilloso secreto a los demás habitantes del «Trébol de Cuatro Hojas», limitándose a soñar con el maravilloso momento en que su padre llegaría al aeropuerto de Copenhague, en un avión procedente de América del Sur...

Sí, sería algo maravilloso... Su padre y ella habían estado siempre muy unidos y tenía enormes deseos de volverle a ver. Desde la muerte de su madre, se habían sentido ambos más unidos que nunca y su vida había sido muy tierna hasta... Hasta que se produjo el gran cambio.

Nunca olvidaría Puck el momento en que su padre le había comunicado que debía partir para Valparaíso para dirigir una importante empresa. Nunca tampoco olvidaría su primer contacto con el pensionado de Egeborg.

Cierto que en seguida se había sentido feliz en el colegio y muy querida por sus compañeras. No tenía ninguna razón para quejarse.

Sin embargo, su padre le faltaba terriblemente, nada podía reemplazar su compañía y su afecto.

Por lo tanto, la carta con la noticia de la enfermedad del ingeniero Winther había significado una profundísima decepción.

Al ver el pequeño sobre con la dirección a máquina, Puck había tenido un negro presentimiento. Por eso había esperado estar sola para abrirlo. Sentada en un banco, con las mejillas mojadas por las lágrimas, volvía a leer...

... su padre ha sido trasladado al hospital de aquí.

Su mirada se perdió hacia el lago Ege, mientras dejaba brotar libremente sus lágrimas. Entonces sonó la campana que anunciaba la próxima clase, se secó los ojos, metió la carta en su bolsillo y regresó lentamente al edificio.

¡Si al menos la señora Frank hubiera estado allí! Puck se sentía siempre muy aliviada al confiar sus preocupaciones a la gentil esposa del director. Pero la señora Frank había partido para Sundkoebing para efectuar algunas compras y no regresaría hasta la noche.

Una vez, en el transcurso del día, Karen trató de atraer la atención de Puck.

—¿Has visto —le dijo mientras comían— que un circo va a venir a Oesterby? Tal vez ya haya llegado.

—No, no lo sabía —contestó Puck, amablemente, pero sin mostrar el menor interés.

—Han puesto un cartel en un árbol cerca de la entrada.

—Vaya...

—¡Es un circo formidable! Caballos, payasos... Acróbatas, fieras... El *Circo Mascani*. ¡Un nombre sonoro! ¿No crees?

—Sí, suena bien —dijo Puck con un esfuerzo.

¿Cómo podía ella interesarse por un circo cuando su padre estaba enfermo en un hospital a miles de kilómetros de allí?

Después de las clases, tomó la bicicleta y se dirigió a Oesterby. No iba a ninguna parte determinada, pero trataba de estar sola con sus pensamientos. Se sentía terriblemente inquieta por su padre. ¿Sería grave la enfermedad? Puck se sentía desamparada. No podía hacer otra cosa que esperar, cuando lo que hubiera deseado era partir al acto para reunirse con él...

Al acercarse a Oesterby, vio el circo de que Karen le había hablado. Estaban levantando una enorme tienda en el centro de una plaza, entre la vía férrea y la carretera de Oestergaard. Puck bajó de la bicicleta y miró a los obreros que efectuaban el trabajo, con una seguridad y una rapidez notables.

Dejó su bicicleta y se acercó. La gran tienda quedaba protegida por una barrera y una hilera de vehículos pintados de vivos colores, con la insignia de *Circo Mascani*.

Reinaba en la plaza gran animación, que a primera vista podía parecer algarabía, pero que en realidad era una actividad organizada y eficaz.

Ya habían levantado la tienda que serviría de caballeriza y podían escucharse los ruidos de los caballos en su interior. Puck sintió deseos de acercarse a contemplar esos animales, pero en aquel momento un hombre de cierta edad salió de la tienda para reñir a la chiquillería demasiado indiscreta.

—¡Fuera de aquí! —dijo en un acento medio danés, medio alemán—. Estáis molestando. Si queréis ver cosas, venid a la función de esta noche.

A pesar de su expresión severa y la dureza de su voz, había en sus ojillos un brillo de buen humor. Puck no se movió y entonces oyó una voz a sus espaldas:

—No hay por qué tener miedo de Untermeyer.

Puck se volvió y vio a una muchachita de negros cabellos y ojos maliciosos, con dos hileras de dientes blancos como perlas. Sonreía:

—Untermeyer es muy amable —prosiguió—, pero le gusta gritar con su vozarrón. ¿Cómo te llamas?



—Puck... Es decir, Bente Winther.

—Puck me gusta más. Yo me llamo Anita. ¿Vives en este pueblo?

—No. Soy alumna del pensionado que hay a orillas del lago. ¿Y tú...?

La muchachita afirmó con la cabeza, agitando sus largos y negros cabellos.

—Sí, pertenezco al circo, si es eso lo que quieres preguntar.

—¿Es divertido?

Anita se encogió de hombros.

—Algunas veces...

—¿Haces algún número?

—Sí. Mamá dice que yo sería formidable si me entrenara más.

—No eres danesa, ¿verdad? Eres demasiado morena para ello — dijo Puck mirándola con creciente interés.

—Mi abuelo era español. Por eso tengo el pelo negro Pero yo nací en Copenhague, te lo aseguro.

— IX —

Puck miraba con vivo interés a aquella muchachita de oscura cabellera. Anita... Nacida en Copenhague, pero con sangre española en las venas. ¡Qué apasionante resultaba!

—¿Te gustaría visitar nuestra instalación? —preguntó Anita.

—¡Oh, sí, si crees que no voy a estorbar...!

Claro que no... Ésta es mi casa —dijo Anita en tono importante—. Ven —añadió con un gesto ampuloso, invitándola a pasar.

Ambas chiquillas se pasearon por medio de las roulottes puestas en hilera en torno a la gran tienda. El personal del circo iba y venía, como si su trabajo fuera lo más natural del mundo.

—Donde quiera que vamos, cada coche y cada tienda ocupa siempre el mismo lugar —explicó Anita—. ¡Puedo asegurarte que el director Mascani se pondría furioso si su *roulotte-salón* quedara instalada aunque fuera medio metro más allá de su lugar habitual! Comprende que nos sentiríamos perdidos si no tuviéramos un plan. Nuestro circo es muy complicado, ya que representamos veinte números distintos.

—Y tú ¿qué haces?

—Muchas cosas, sobre todo equitación. Ven, te mostraré mi caballo.

—Sí —exclamó Puck—. Me encantará.

Entraron en la tienda-caballeriza donde había cuatro caballos negros, seis marrones y dos blancos. También había dos ponies y... ¡una llama!



—¡Qué lindos son! —gritó Puck, cuando se acercaron a los ponies.

Quiso acariciar al más próximo, pero Anita la detuvo.

—Déjalos. No hay animales más maliciosos que éstos. ¡Te lo aseguro!

—No es posible...

—Te lo garantizo. Tratan de morder y de dar coces. No hay que confiar nunca en ellos.

—Y ¿la llama?

Anita rió:

—Es estúpida y no entiende nada. Se contenta con seguir a los otros en un final cómico. ¡Mira, ése es Pontus, mi caballo!

Anita se acercó a un caballo moreno y le acarició.

—Es la flor y nata de los caballos —dijo—. Si vienes esta noche a la representación, verás cómo salto a través de un círculo en llamas y caigo sobre el lomo de Pontus. ¡Es de un efecto formidable!

—¿A través de las llamas? —gritó Puck, impresionada—. ¿No tienes miedo?

—No hay por qué.

—Podrías quemarte...

—Imposible a la velocidad en que lo hago. Es lo mismo que cuando tú pasas rápidamente la mano por la llama de una vela.

—Sí, tal vez... Pero algo más complicado —rió Puck—. Yo, por ejemplo, no me atrevería.

—Claro, es necesario antes entrenarse. ¿También tendrías miedo de montar a Pontus?

—No, eso no —dijo Puck, acariciando al animal—. Eso me encantaría.

—¿Sabes montar?

A pesar del gesto afirmativo de Puck, Anita la miraba ligeramente incrédula.

—¿Es cierto?

—Sí, naturalmente. Monto muy a menudo.

Alguien entró en la tienda. Era el viejo Untermeyer. Vio a las dos muchachitas y se sobresaltó.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó malhumorado—. Los caballos deben comer en paz. Y tú lo sabes, Anita...

—Sí, señor Untermeyer, pero no les estamos molestando —afirmó Anita—. Solamente se los estoy mostrando a esta chica que también sabe montar a caballo.

—¿De verdad?

También él parecía un tanto incrédulo y Puck se apresuró a responder:

—Pero no sería capaz de atravesar un círculo en llamas. Untermeyer sonrió bondadosamente.

—Eso no tiene nada que ver con la equitación. Es sólo acrobacia y cualquiera puede llegar a hacerlo —afirmó mirando de reojo a Anita, un tanto burlón—. Pero la alta equitación... Eso es ya otra cosa... Sabes, cuando yo era joven... En Viena...

—¡Uf! —suspiró Anita—. Ahora va a contarnos toda su historia. Señor Untermeyer, ya conozco de memoria todo eso...

—Eres una mala chica incapaz de escuchar —dijo Untermeyer, un poco molesto—. Yo quería hablar a esa jovencita de la escuela de alta equitación de Viena.

—¿Usted estaba en ella? —preguntó Puck, vivamente interesada.

Había oído hablar de la célebre escuela de equitación española, cuyas tradiciones se habían conservado en Viena, e incluso había leído libros sobre el tema.

—Sí, allí estuve yo... Ah, qué bella época... Si hubieras visto los caballos haciendo cabriolas y desfilando... Mira, hijita, si esperas un poco te permitiré dar un paseo a caballo.

—¿En serio? —preguntó Puck radiante de felicidad—. Pero debo ir a ponerme pantalones.

Entonces consultó su reloj y sacudió la cabeza.

—¡Es imposible! —exclamó con pena—. Es demasiado tarde.

Debo regresar al colegio para hacer los deberes. ¿Mañana tal vez?

—¡Muy bien, mañana! —aprobó Untermeyer—. Ven, te esperaré. ¿Cómo te llamas?

—Puck... Es decir Bente, pero me llaman Puck.

—También yo te llamaré Puck —dijo Untermeyer—. ¡Eres una buena chica que sabe escuchar!

Le dirigió una amistosa inclinación de cabeza y salió. Anita le miró con asombro.

—¡No acabo de creerlo! —exclamó—. Has conseguido humanizar a Untermeyer. Hace mucho tiempo que no le había visto tan amable. Te felicito... Con seguridad serás una invitada de honor aquí...

Puck se sentía feliz. De nuevo el mundo era palpitante y estaba lleno de interés. El circo despertaba su fantasía en un momento en que estaba necesitada de algo que acaparara su atención.

Entonces la atención de ambas chiquillas se sintió atraída por un rugido terrible ante la tienda. Se oyeron unos fuertes rugidos y silbidos extraños. Puck se estremeció, pero Anita le dijo:

—¡No tengas miedo, campeona de equitación! Son las fieras...

—¡Las fieras!

—Ven a verlas. No son tan peligrosas como sus rugidos hacen suponer.

Salieron de la tienda. La lluvia había empapado el suelo, de modo que los obreros se vieron obligados a colocar una gran plancha a fin de que el coche de las fieras, arrastrado por un tractor, pudiera pasar. Un hombre de anchos hombros y pequeño bigote negro daba órdenes en un tono desabrido y desagradable. Su aspecto disgustó a Puck desde el primer momento. Todo en su actitud hablaba de brutalidad y dureza. Tenía una mirada glacial, su modo de hablar era autoritario...

—¡Moved esta plancha, vamos! Vamos, Einar... No, más a la izquierda, imbécil... ¡Rápido! Así...

Finalmente el coche estuvo colocado en su lugar y el conductor del tractor se marchó.

Un obrero entró en la tienda y sólo Einar se quedó fuera. Se puso a desatar las cadenas que sujetaban las paredes laterales del coche de las fieras.

Mientras trabajaba, el hombre del bigote seguía gruñendo sin ningún aparente motivo, pensaba Puck, ya que Einar no parecía estar cometiendo ningún error, a pesar de que trabajaba lentamente. Daba la impresión de ser un individuo tranquilo y las injurias llovían sobre él sin inmutarle.

—¡Más rápido, perezoso! Eres el rey de los idiotas... No, déjame a mí... No sirves para nada...

El hombre antipático avanzó hacia el joven obrero y le dio un violento empujón. Einar se tambaleó y cayó cuan largo era en el barro.

—¡Estúpido! —gritó el otro, sonriendo con gran maldad—. ¡Has recibido lo que te merecías!

Einar se levantó lentamente. Sus ojos tenían una expresión llena de odio. Se acercó a su agresor con los puños cerrados, amenazadores.

—¡Basta! —gritó—. He dicho basta ya...

El hombre del bigote, que estaba desatando las cadenas, se volvió y le miró con desdén. Einar se dispuso al ataque. Sus vestidos estaban mojados y llenos de barro. Con el puño levantado, avanzó, y Puck dejó escapar un grito asustado.

Pero el hombre del bigote había reaccionado con rapidez. Agarró a Einar y de un violento puñetazo le envió de nuevo contra el barro.



—¡Y bien! —gritó el vencedor, desdeñoso—. ¿Todavía no tienes bastante? Animal...

Se volvió hacia el coche para desatar la última cadena. Einar se levantó despacio y empezó a sacudirse las manchadas ropas, cuando uno de los costados del coche cayó con un estruendoso ruido. Dentro, aparecieron cuatro jaulas con barrotes, en las cuales rugían horribilmente cuatro fieras. El hombre del bigote dio una rápida ojeada, giró sobre sus talones y se alejó.

Al pasar ante Einar, que estaba tratando de limpiarse como mejor podía, dijo:

—Saca las jaulas y ponlo todo en orden. De lo contrario...

No terminó su frase, y desapareció bajo la tienda. Después de haber estado siguiéndole con la mirada, Einar se encaminó hacia las jaulas.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Puck a media voz.

Se sentía conmovida por la escena que acababa de presenciar. Anita, gravemente, sacudió la cabeza.

—Siempre es lo mismo entre ellos —suspiró—. Y un día eso acabará mal...

—¿Quién es el hombre del bigote?

—Se llama Bernardo. Es el domador de fieras... ¡Un tipo muy desagradable! Casi nadie le aprecia en el circo...

—Entonces ¿por qué no le despiden?

Anita se encogió de hombros.

—Es bueno contar con un número de fieras en el programa... Él lo sabe y se hace valer ante el director Mascani. Pero con todo el mundo se muestra odioso, especialmente con el pobre Einar... Eso acabará mal, como siempre dice mamá.

Las fieras seguían rugiendo en las estrechas jaulas y Puck las observaba con una mezcla de fascinación y horror. Eran soberbios animales, y estaba reflexionando en que tal vez fuera cruel encerrar a aquellos hijos de la selva en pequeñas jaulas para divertir a los espectadores de un circo.

Había dos leones, un tigre y un leopardo. Los leones parecían pacíficos, y el tigre daba la impresión de ser viejo. Pero el leopardo no cesaba de ir y venir en el reducido espacio, con rugidos de mal augurio y un impresionante y peligroso aspecto, en tanto el joven obrero trataba de poner orden en el lugar.

No hay que suponer ni por un momento que el pesar de Puck se había desvanecido con la visita al circo, como el rocío al contacto del sol. Sin embargo, había contribuido notablemente a mejorar su moral.

Cuando regresó al pensionado, en su bicicleta, algún tiempo después, su cabecita bullía de pensamientos e imágenes. Haber visto aquel mundo multicolor había sido para ella todo un acontecimiento, que al menos la había distraído de sus tristes pensamientos. Pero lo más importante aún es que había encontrado a una persona en la cual podía confiar.

Cosa extraña, a veces resulta más fácil participar los más íntimos pensamientos a un extraño que a los seres más allegados...

Después del desagradable incidente de las jaulas de las fieras, Anita, en tono desenvuelto, sin duda para borrar la mala impresión, había dicho:

—Me parece que nos merecemos una taza de té.

—No sé...

Puck consultó su reloj.

—¿A qué hora has de estar de regreso?

—A la una, poco más o menos.

—¡Entonces todavía tenemos una eternidad ante nosotros! —dijo Anita riendo, y tomó a Puck por el brazo—. Ven a saludar a mi madre.

La condujo hasta una *roulotte* pintada de colorines, pero de aspecto ordenado y cuidadoso. Una escalerilla conducía a la puerta de entrada.

—Vivo aquí —dijo Anita con orgullo.

Y Puck miró el coche con admiración.

—¡Es lindo! —aprobó con entusiasmo.

Subieron los peldaños y Anita abrió. El coche contenía un saloncito de atractivo aspecto, arreglado de modo práctico. Había flores en las ventanas y cuadros en los muros. Un diminuto escritorio, dos divanes con almohadones a lo largo de las paredes y una mesa. También dos sillas y un armario. Cada centímetro parecía haber sido estudiado con ingenio. Puck, fascinada, permanecía en el

umbral, y Anita la observaba curiosamente.

—Vamos, pasa...

Una dama se hallaba sentada en el escritorio, haciendo cuentas. Levantó la vista y Puck pensó que hacía mucho tiempo que no había visto a una mujer tan hermosa.

—Mamá, ésta es una chica que he encontrado —anunció Anita—. Puck, mi madre. Salúdala...

Puck no pudo evitar una sonrisa. ¡Qué curiosa presentación! Anita era una personita excepcional, había que convenir en ello.

La dama sonrió.

—Anita —dijo, con cierto tono de reproche—, hablas de un modo poco correcto. Aunque sé que no es con mala intención...

—Claro que no —dijo Anita—. Es una chica formidable, mamá. Y entiende de caballos...

La señora tendió la mano a Puck.

—Hola, Puck. Me llamo Vivianne. Sé bien venida.

Hubo un corto silencio intimidado, durante el cual Puck contempló a Vivianne con admiración. Sus cabellos eran negros y brillantes y sus dientes, como los de Anita, brillaban como perlas a la menor sonrisa.

—¿A qué debo el honor de la visita? —dijo sonriendo—. ¿Al té o al café?

—Café para mí —dijo Anita—. ¿Y tú, Puck?

—Nada, gracias...

—Tomará café —dijo Anita.

Vivianne rió. Se acercó al armario y lo abrió. Puck tuvo de nuevo ocasión de asombrarse, ya que dentro del armario unas estanterías contenían una auténtica cocina, un fogón eléctrico y fregadero de acero inoxidable.

Un ventilador echaba fuera los humos molestos.

—¡Oh, qué lindo es todo esto...! —repitió Puck.

Nunca había visto nada semejante.

—No nos queda otro remedio que organizarnos en el pequeño espacio de que disponemos —dijo la madre de Anita—. En verano, mientras el circo viaja, debemos vivir aquí constantemente. Y a veces también en invierno, ya que los hoteles resultan demasiado caros.

—Pero ¿dónde duermen? —preguntó Puck.

—Ven, te lo mostraré...

Vivianne levantó uno de los divanes, que podía desplazarse y quedaba convertido en una cama. Al otro lado, había una estantería que de noche se convertía en la camita de Anita.

—Ahora cabemos los tres, pero en cuanto yo crezca más —dijo Anita—, necesitaré una K personal.

—¿Y no estudias?

—Mamá me da lecciones en verano, y en invierno voy a una escuela. Pero, como no tengo la menor intención de abandonar el circo, tampoco necesito pasar exámenes...

Un poco después, el café humeaba en la mesita, y las dos muchachitas comían con buen apetito pastelillos que la señora Vivianne les había servido. Hicieron preguntas a Puck acerca de su vida en el pensionado, y ella habló con entusiasmo de profesores y compañeros. Vivianne dijo:

—Tal vez podríamos dejarte en un pensionado así, Anita, a fin de que recibas una educación conveniente.

Anita sacudió la cabeza enérgicamente:

—Oh, no, mamá, nada de eso —dijo la chiquilla—. No podría vivir sin Pontus y los demás animales.

Cuando un rato después la señora Vivianne abandonó la roulotte, las dos muchachitas permanecieron sentadas charlando con animación. Anita contó que su padre y su madre eran equilibristas, pero que también participaban de otros números del programa.

—Siempre ocurre así en un circo ambulante —dijo Anita—. Todos debemos estar dispuestos a colaborar en lo que sea, ya que un personal demasiado numeroso significaría unos gastos insostenibles. Te aseguro que el número de mis padres es estupendo. Verás, te enseñaré recortes de prensa que hablan de ellos...

Sacó un gran álbum y orgullosamente mostró fotos y comentarios que hablaban del talento de Pierre y Vivianne.

—¿Tu padre se llama realmente Pierre? —preguntó Puck.

—No, en realidad se llama Peter. Peter Joergensen. Somos daneses como tú, pero un nombre extranjero va bien para el circo.

—Y tu madre, ¿se llama realmente Vivianne?

—Sí, es su verdadero nombre. ¿Verdad que es una mamá encantadora?

—Sí, desde luego. Y muy bella.

—Papá dice que es su sangre española. Acuérdate que mi abuelo procedía de España. Y tus padres ¿de dónde son?

Aquella pregunta despertó nuevamente la pena de Puck. Bajó la cabeza y la sonrisa se desvaneció de sus labios.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Anita, preocupada.

—Sí, precisamente —dijo Puck.

Y a continuación contó a Anita todas sus tribulaciones. Le habló de su madre muerta y de su padre enfermo en Valparaíso.

Anita la escuchó con real compasión, pasando un brazo por los hombros de su nueva amiga:

—Te comprendo —dijo—. Debes venir a visitarnos cada vez que lo desees. Es bueno tratar de distraerse... ¿Vendrás mañana?

—Sí, gracias. Vendré a montar a caballo. ¿Montaré a Pontus?

—No, seguramente será a Tanja. Es un animal formidable. Ven, te lo enseñaré...

Antes de la partida de Puck, regresaron pues a la tienda-caballeriza y luego se separaron cordialmente. Puck regresó al pensionado en bicicleta. Al subir corriendo al «Trébol de Cuatro Hojas» le pareció inconcebible que sólo hubieran transcurrido unas pocas horas desde su partida. ¡Había visto tantas cosas nuevas desde entonces!

Halló a Inger estudiando y a Navío, tendida en su cama, mirando un mapa.

—Vaya, ¿de dónde sales?

Inger le sonrió y volvió a sus estudios. Navío dijo:

—La geografía sería interesante si no nos obligaran a aprender de memoria los nombres de los ríos de Europa.

—Pero no creo que sea esto lo que te está preocupando en este momento —comentó Puck.

—Desde luego que no. Estoy tratando de averiguar la ruta que seguirá el barco de papá para ir de Australia al Japón. ¡Qué lejos! ¿Eh?

—También hay una considerable distancia entre Dinamarca y

Valparaíso —suspiró Puck.

Su tono había sido tal que Inger levantó la mirada del libro. Por instinto, adivinaba cuándo una de sus amigas estaba necesitada de ayuda. Y la voz de Puck revelaba que su corazón estaba lleno de pesar.



Pero no dijo nada. Una mirada a Puck le hizo comprender que era mejor no hacer preguntas. Navío se hallaba de nuevo absorta estudiando las posibles rutas del barco «Margrethe III», de modo que no se dio cuenta de nada. Suspiró, cerró el atlas y dijo:

—¡Tal vez pasen años antes de que vuelva a ver al valiente capitán Sommer! ¡Éste es el precio que pago por ser la hija de un héroe marino! ¿Y si pusiéramos un disco? Un momento después, y mientras sonaba una vieja canción marinera, apareció Karen. Sus ojos se posaron en Puck y se alegraron comprobando que ésta parecía mucho más animada.

—¿Habéis visto el cartel del circo? —preguntó cuando el disco se detuvo—. Lo he leído tantas veces que tengo la impresión de saberlo de memoria. Hay acróbatas, y una chiquilla que salta por un círculo en llamas, y un domador, y un leopardo y...

Las demás la escuchaban atentamente, y Puck la miraba con educada indulgencia.

—Me pregunto si el círculo está realmente en llamas —dijo Inger—. Debe de ser publicidad o un truco. Es imposible que una chica salte por un aro ardiendo sin hacerse daño.

—Claro que es posible —dijo Puck—. Es exactamente lo mismo que cuando nosotras pasamos la mano por la llama de una vela. No

hay tiempo de quemarse.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Inger.

—He hablado con la que ejecuta ese número —respondió Puck.

—¿De veras? ¡Cuenta, cuenta!

Puck les relató los acontecimientos de aquella tarde y todas le escucharon atentamente.

—Es palpitante —dijo Navío—. ¡Formidablemente palpitante!

No podía prever que la visita de Puck al circo iba a desencadenar una serie de acontecimientos realmente «formidablemente palpitantes».

Aquella noche Puck escribió dos cartas, con gran dificultad. Era difícil escribir a su padre sin entristecerse, debido a la gran ansiedad que ella experimentaba. Por otra parte, tampoco podía fingir que se tomaba a la ligera su enfermedad, de modo que repetidamente comenzó la carta, la estrujó, la echó al cesto de los papeles y volvió a comenzar. Después de madura reflexión, se contentó con el *texto* siguiente:

... La carta que hoy he recibido anunciándome que estás en el hospital me ha entristecido muchísimo como puedes suponer. ¡Me había alegrado tanto con la idea de pasar juntos las próximas vacaciones! Pero lo peor es saberte enfermo. Confío en que en el momento de recibir esta carta ya te sientas mejor y que no tardes en salir del hospital. ¿Hay buenos médicos en Chile, papá? ¿Son amables contigo? Me pregunto si se ocupan de hacerte comer mucho. Escíbeme lo antes posible y cuéntamelo todo. Cuídate mucho, queridísimo papá mío, y recibe todo mi cariño...

A continuación Puck escribió al ingeniero que le había dado la noticia, para darle las gracias y rogarle que la mantuviera informada. Después bajó al despacho del director.

El señor Frank leía, instalado en su escritorio. La señora Frank cosía en un rincón, vestida con una ropa casera y Puck, como siempre, la encontró muy elegante. El señor Frank estaba en mangas de camisa. «Sin duda no hay en el mundo una pareja mejor

que ésta», pensó Puck.

—¿Ocurre algo, Bente?

—Vengo a pedir permiso para ir a echar al correo dos cartas a Oesterby, a fin de que puedan salir mañana a primera hora.

—Pero ya es muy tarde...

—Son apenas las ocho...

—En todo caso, que te acompañe alguna de tus amigas. Inger... o cualquier otra.

—Sí, así lo haré.

—¿Escribes a Valparaíso? —preguntó el director—. ¿Tu padre está bien? Hace tiempo que no tengo noticias tuyas... Puck dudó un poco.

—No, no está bien —dijo al cabo—. Precisamente esta mañana he sabido que está en el hospital.

Súbitamente las lágrimas subieron a sus ojos y sus labios temblaron. El director se levantó y se acercó a ella, poniéndole una mano en un hombro.



—Seguramente no será nada grave —dijo—. De lo contrario habrías recibido un telegrama y no una carta.

Era la primera frase de consuelo que recibía. Se mordió los labios y dirigió al director una sonrisa de agradecimiento. ¡No había pensado en ello!

—¿Por qué pensar en lo peor? —exclamó el director—. No hay que adelantar los acontecimientos ni ser pesimistas. Vete ahora y no vuelvas tarde. Buenas noches, Puck.

Puck saludó y salió. En el vestíbulo encontró a Annelise, que se encaminaba hacia la escalera.

—Hola, Puck.

—Hola, Annelise. ¿Quieres venir a Oesterby conmigo?

—¿Ahora? ¿Estás bien de la cabeza? No nos darán permiso... Son casi las ocho.

—El director acaba de darme permiso.

—Bien, en tal caso, subo a dejar mis libros y vuelvo inmediatamente. ¿Necesitaremos linternas?

—No, regresaremos en seguida. Voy solamente a la estación a echar unas cartas.

Poco después, ambas muchachitas tomaban el camino del pueblo. La noche era bella, el aire tibio y las luces de La Gran Granja ofrecían un maravilloso espectáculo. Las muchachitas pedaleaban en silencio. Al cabo Annelise dijo:

—Esta mañana no he podido contarte mis proyectos.

—Cuéntamelos ahora. Me hablaste de un concurso de equitación, ¿no?

—Primeramente había pensado en un concurso en los campos de La Gran Granja, pero después he cambiado de opinión. Sería mucho más divertido un concurso de orientación.

—¿Y qué es eso?

—Atiende...

Annelise empezó a describir sus planes. Había que reunir el máximo número de jinetes por entre las distintas granjas de la comarca y establecer un itinerario en el bosque del Oeste. Después los concursantes partirían de dos en dos y se vería quién recorría el itinerario en el tiempo más corto.

—Parece atractivo. Pero ¿habrá bastantes concursantes?

—Papá y yo hicimos una lista el domingo y ya teníamos más de diez.

—Eso bastaría para montar un club de equitación —dijo Puck.

—Excelente idea. ¡Crearemos un club! Y tendremos un emblema de plata. ¿O tal vez un buen uniforme muy «simpático»?

—¡Oh, tú y tus preocupaciones indumentarias! —rió Puck—. ¿Crees que nosotras, pobrecitas chicas, tendríamos dinero para un uniforme? ¡Un emblema será suficiente!

—Trataré de convencer a papá para que otorgue buenos premios —dijo Annelise—, y tú y yo procuraremos ganarlos.

—¡Deja ya de arruinar a tu padre! Cualquier objeto barato bastará...

Llegaron a Oesterby y se acercaron a la estación. Puck echó las cartas al buzón.

—Demos ahora una vuelta, ¿eh? —dijo Annelise—. Me gustaría pasar ante el circo.

—Sí, pero no podemos detenernos mucho.



Se oían ya los tambores y las trompetas de la orquesta anunciando el espectáculo. La gran gala estaba en su apogeo.

Al llegar a la plaza, vieron la entrada del circo iluminada con centenares de pequeñas bombillas eléctricas. El efecto era suntuoso. El público parecía ser numeroso. Las dos amiguitas dieron la vuelta a la plaza, pasando, naturalmente, por delante de la barrera de vehículos que protegía la gran tienda.

—Mira —exclamó Puck, señalando hacia una jaula—. ¿No ves allí a un leopardo? Es la más apasionante de las fieras...

—Sí, veo las manchas de su piel —dijo Annelise.

En aquel momento Untermeyer pasaba por allí ataviado con un hermoso uniforme verde, de dorados galones. Tenía en la mano un impresionante látigo.

—¡Buenas noches! —gritó Puck agitando la mano.

El hombre miró a su alrededor, pero no consiguió verla, ya que se hallaba rodeado de una verdadera muchedumbre de chiquillería curiosa que trataba de ver algo del maravilloso espectáculo desde el exterior.

—¿A quién le has dicho buenas noches? —preguntó Annelise, asombrada.

—Al jefe de las caballerizas... Untermeyer es quien me ha dado permiso para montar mañana uno de sus caballos.

—¡Qué suerte! Pero ¿quién es ese desagradable hombre de bigote negro?

—Es el domador Bernardo. Antipático, ¿verdad? Y el hombre que está a su lado es Einar, uno de sus ayudantes. Mira, también Bernardo viste un hermoso uniforme verde.

Puck vio cómo de nuevo el domador estaba importunando con palabras a Einar, pero no consiguió oír lo que decían. No obstante, en un momento dado, vio cómo Bernardo le empujaba violentamente, haciéndole caer contra un montón de cajas. Einar trató de ponerlas de nuevo en orden como pudo, mientras, implacable, el domador seguía insultándole. Annelise dijo:

—Qué tipo más nervioso es ese domador de fieras.

En aquel momento Anita salía de la tienda, ataviada con un suéter blanco, pantalones blancos y botas del mismo color. Su aspecto era muy elegante.

Puck se apresuró a saludarla, pero Anita no la vio, ya que se dirigía hacia la gran tienda seguida por un hombre que conducía a Pontus por las riendas. El hermoso caballo estaba ensillado de blanco.

—Ésta es la chica de que te hablé —dijo Puck.

—¿La que salta por el aro en llamas?

—Sí. Es su número.

Apenas Anita hubo desaparecido, cuando el domador regresó y se puso de nuevo a injuriar a Einar, que en aquel momento estaba ocupado arreglando una especie de corredor metálico por donde pasaban las fieras desde su jaula al escenario.

—¡Qué mal carácter! —exclamó Annelise—. ¿Por qué está todo el tiempo injuriando a ese pobre hombre?

—Lo ignoro, pero es muy desagradable presenciarlo —respondió Puck—. ¿Qué ocurre ahora?

De nuevo el domador había empujado brutalmente a Einar, el cual ahora cayó al suelo bruscamente. Uno de los postes que sostenían la tienda desgarró de arriba a abajo su chaqueta de

uniforme. El domador, echando la cabeza hacia atrás, rió estrepitosamente. Einar se levantó y gritó:

—¡Eso me lo va a pagar! Se lo juro...

Poco después ambas muchachitas emprendieron el regreso al pensionado. Annelise estaba indignada ante la brutalidad del domador.

—¿Crees que ese pobre obrero tendrá que pagar la chaqueta de su bolsillo? ¿O bien conseguirá hacérsela pagar a Bernardo...?

—No creo que Bernardo quiera pagar nada —respondió Puck—. Einar parece un buen muchacho, pero el más tranquilo de los hombres acaba por perder la cabeza y volverse peligroso, si le hostigan sin razón.

—Todo esto me parece dramático —comentó Annelise.

* * *

Puck no podía olvidar la escena que acababa de presenciar en el circo. Una vez acostada, escuchando la tranquila respiración de sus amigas dormidas, seguía evocándola. Cuando el domador y su ayudante se habían enfrentado, sus rostros expresaban gran violencia. Aquello ensombrecía la alegría que había experimentado al ser introducida por Anita al mundo multicolor del circo...

Anita...

Puck sonrió, ya medio dormida. Aquella muchachita era verdaderamente irresistible, con sus exóticos cabellos negros... Sería encantador volver a verla al día siguiente...

Con una sonrisa flotando en sus labios, Puck acabó de dormirse. Se despertó a la mañana siguiente llena de alegría y al saltar de su cama estuvo a punto de caer sobre Karen, que dormía en la litera inferior.

Ambas estallaron en risas.

Así comenzó el día. Fuera brillaba el sol. Todo se presentaba bien.

Después de clase, Puck se precipitó a su cuarto para ponerse los pantalones de montar. Después salió a toda prisa hacia Oesterby. Al llegar a la plaza del circo, dejó la bicicleta y empezó a buscar a

Anita.

Ésta no estaba en la tienda caballeriza. Cuando Puck entró, Untermeyer hablaba con un palafrenero. Se inclinó cómicamente y dijo:

—Buenos días, princesa. Su humilde servidor le ensillará el caballo.

—Muy amable de su parte —dijo Puck sonriendo. Y añadió—: ¿Dónde está Anita? Convinimos en encontrarnos aquí. Untermeyer se encogió de hombros.

—No la he visto hoy. Sin duda está en su *roulotte*. Mientras tanto ensillaré a Tanja...

Puck atravesó corriendo la plaza hasta la *roulotte* de su amiga. Llamó a la puerta y Anita respondió: «Pase». Puck entró y vio a Anita tendida en un diván. Había un hombre en el escritorio y Puck supuso que era Pierre. Éste sonrió a la visitante:

—Tú debes de ser la jovencita de que me ha hablado Anita... ¡Yo soy su padre!

Después de haber saludado, Puck preguntó a Anita:

—¿No montamos a caballo?

Anita se levantó sin prisas.

—¡Ah, sí, es cierto!

Puck la miró con asombro. No parecía la misma chica animosa del día anterior. Ninguna sonrisa iluminaba su rostro.

Mientras ella se vestía, Puck la contempló con sorpresa. Se habría dicho que toda vivacidad había abandonado su personita. Sus movimientos eran lánguidos.

—Vamos, aprisa —dijo su padre con irritación—. ¿Qué te ocurre?

—Nada —respondió Anita.

Parecía emerger de un sueño.

—Podemos irnos —dijo.

Pontus y Tanja estaban ensillados y un palafrenero aguardaba a las dos chiquillas.

Al acercarse, Puck vio que se trataba de Einar. Parecía abatido, pero al ver a Anita sonrió.

Ésta se volvió hacia él y preguntó:

—¿Nada nuevo?

—No —dijo con un suspiro—. El director dice que yo debo pagar el uniforme. Deducirá el precio de mi salario.

—¿Cuánto es?

—Cien coronas, según parece. No tengo más remedio que resignarme.

—Es él quien debería pagarlo —dijo Anita.

—¿El domador? —preguntó Puck, que empezaba a entender de qué se trataba—. Ayer noche yo vi cómo él le empujaba. No es culpa de usted, Einar, si el uniforme se rompió.

—¿Tú lo viste? —preguntó Anita—. ¿Dónde estabas?

—Vine a echar unas cartas. Y de regreso al pensionado, pasé por aquí.

—Ya comprendo.

—Es hora de irse —dijo Einar—. El señor Untermeyer me ha dicho que le ruegue que vigile a Tanja. Hoy está muy agitado.

—Seguiré su consejo —respondió Puck.

Ambas montaron. Anita dijo:

—Einar, no puedo dejar de pensar en que vas a tener que pagar el uniforme. Si pudiera ayudarte...

—No pienses más en eso —dijo el ayudante—. Ya me arreglaré de un modo u otro, y Bernardo acabará por pagármelas todas.

Sus palabras encerraban tal desafío que Puck le miró. Pero el rostro de Einar no revelaba nada especial. Acarició el cuello de Tanja y dijo:

—¡Vamos, jovencitas, en marcha!

Las dos amiguitas atravesaron la plaza. Al pasar ante las jaulas de las fieras, los dos caballos parecieron un poco inquietos, pero pronto se calmaron.

Al llegar a la carretera, cabalgaron una al lado de la otra en dirección al lago.



—¿Cuánto tiempo podemos permanecer fuera? —preguntó Puck.

—No podemos fatigar los caballos, pero si paseamos despacio podemos disfrutar de un paseo de una horita —dijo Anita—. ¿Conoces algún lugar que te guste especialmente?

—Podemos seguir por el camino de La Gran Granja y llegarnos a la orilla del lago Ege. El paisaje es allí muy hermoso.

—Perfecto. Vamos, pues.

Puck observó a Anita de reojo y se dio cuenta de que de nuevo sus mejillas estaban coloreadas y que su expresión era más animada.

Habían cabalgado un buen rato en silencio, cuando la muchachita del circo comentó:

—Lo que le ocurre a Einar es terrible. Deberá pagar de su dinero el uniforme roto.

—¿Y gana poco?

—Sí, poco. Además, necesita el dinero y yo sé por qué, Einar es un muchacho extraño. No es muy inteligente y es más bien lento. Por eso Bernardo disfruta torturándolo y nadie hace nada por defenderle. Creo que soy la única persona que goza de su confianza.

—¿En qué necesita emplear el dinero? —preguntó Puck—. Su madre está enferma. Sufre horribles reumatismos. Einar paga todas las cuentas del médico y del farmacéutico. Por eso le va muy cuesta arriba tener que pagar el uniforme.

—¿Has hablado de esto con tu padre?

Anita sacudió la cabeza.

—No serviría de nada. Papá es muy amable, pero siempre dice que no hay que mezclarse en los asuntos de los demás. Pero yo no

opino lo mismo. Pienso que cuando uno está en apuros hay que tratar de ayudarle, aun cuando esto signifique meterse una misma en líos. ¿No opinas así?

—Sí... Tal vez —opinó Puck, convencida a medias—. Sólo que no sé qué quieres dar a entender con eso de «meterse una misma en líos».

—Quiero decir que cuando un amigo está en apuros no hay que titubear a la hora de ayudarle. ¡Cueste lo que cueste! Y no hablemos más del asunto ahora.

Su tono era firme y decidido. Y Puck no replicó. Después de todo habían salido para dar un paseo a caballo y no para meterse en complicadas discusiones.

Pero Puck deseaba de todo corazón que Anita consiguiera ayudar a Einar y a su madre «¡sin meterse ella misma en líos!».

— XI —

Aquella misma tarde, hacia las siete y media, sonó el teléfono en el despacho del director. El señor Frank, quien como de costumbre estaba trabajando, descolgó.

—Sí, soy el director Frank.

—Mi nombre es Peter Joergensen. Pertenezco al *circo Mascani* acampado en Oesterby...

—Sí —dijo el director—, ya he visto los carteles... ¿En qué puedo serle útil, señor Joergensen?

La voz de su interlocutor era grave y asustada:

—¿Tiene en su colegio a una niña llamada Puck?

—En efecto. Su verdadero nombre es Bente Winther, pero la llamamos siempre Puck. ¿Qué ocurre con ella?

—¿Podría hablarle?

—Sí. Un momento —dijo el director, sorprendido, dejando el auricular en la mesa.

Subió rápidamente la escalera que conducía a las habitaciones de las alumnas. Un instante después regresó al despacho acompañado de Puck, quien tomó el teléfono.



—Sí, Bente Winther... Sí, Puck... Buenas noches, señor Joergensen... ¿Cómo dice? ¿Qué ha desaparecido...? No, no la he visto... desde que nos separamos, una vez acabado nuestro paseo a caballo... ¿Cuándo? No comprendo... Sí... No faltaré, descuide... Hasta pronto.

Colgó el aparato y permaneció pensativa cerca del escritorio. El director la observaba con aspecto inquieto.

—Cuéntame qué ocurre —dijo finalmente—. Siéntate en esa silla y explícamelo todo. ¿Quién ha desaparecido? ¿Y por qué ese señor Joergensen ha telefoneado?

Puck se sentó y contó la historia de su encuentro con Anita, y el paseo a caballo. Al cabo concluyó:

—Es el padre de Anita quien acaba de telefonear para decirme que ella ha desaparecido desde hace una hora y empiezan a estar preocupados. La representación comenzará dentro de unos instantes y no la encuentran en ninguna parte.

¡Hum!

El director jugueteaba con un pisapapeles. Finalmente preguntó:

—Pero si su padre te ha llamado a ti es porque debe de suponer que existe una razón especial por la cual tú sepas dónde se ha escondido Anita...

Puck sacudió la cabeza.

—Tal vez su padre supuso que Anita se había quedado aquí conmigo y que habíamos olvidado la hora que es...

—Es posible... Pero ¿tienes alguna idea de dónde puede haberse metido?

—¡Ni la más mínima! Desde luego, estaba de mal humor cuando

fui a buscarla, pero después del paseo parecía más alegre.

—¿Por qué estaba de mal humor?

Puck habló entonces del domador y del obrero, así como de las escenas habidas entre ellos y del uniforme desgarrado.

—Anita quisiera poder ayudar a Einar, incluso aunque ello pudiera colocarla en un apuro, según sus propias palabras.

—¿Tienes idea de lo que ha querido insinuar al decir esto? —preguntó el director mirando a Puck atentamente.

En aquel instante se abrió la puerta y la señora Frank entró. Hizo un signo amistoso en dirección a Puck, pero no dijo nada.

—No —respondió Puck—, en el fondo no comprendo muy bien lo que Anita quería decir, pero, como es una muchacha muy vivaracha, que no medita demasiado sus palabras, supongo que fue sólo un modo de hablar.

Hubo un silencio. El director reflexionó, con el mentón apoyado en una mano. Después se levantó y dijo:

—Voy a dar una vuelta por Oesterby —dijo—. Puedes venir conmigo, Puck...

Un momento después el coche del director rodaba por la carretera. En general, resultaba emocionante salir con el señor Frank, pero en aquella ocasión Puck no experimentaba ningún placer por semejante paseo, ya que pensaba en la muchachita desaparecida y se preguntaba dónde estaría. Al encaminarse hacia el circo, escucharon tambores y trompetas provenientes del interior de una de las tiendas, donde la representación había comenzado. Sonaban también entusiastas aplausos y había numerosos espectadores.



—Me gustaría hablar con el señor Joergensen —dijo el director—. ¿Quieres mostrarme dónde se aloja?

No sin dificultad, consiguieron franquear la barrera. Después se encaminaron hacia la *roulotte* y, cuando llamaron a la puerta, ésta fue abierta por Pierre, que iba ataviado con su traje azul marino. Vivianne, sentada en el interior, parecía inquieta. Ambos estaban maquillados para salir a escena. El director se presentó y Pierre le ofreció un lugar entre los almohadones.

—Disponemos de poco tiempo, pero son ustedes bien venidos...

Pierre parecía nervioso y la conversación se hacía dificultosa.

El director se mostró prudente e hizo algunas preguntas.

Finalmente, Vivianne gritó:

—Cuéntaselo todo, Pierre. El señor director ha venido para ayudarnos...

Pierre se encogió de hombros y encendió un cigarrillo. Dijo:

—No le he contado inmediatamente lo sucedido... Ha ocurrido algo extraño al mismo tiempo que Anita ha desaparecido... Han robado dinero... Un sobre que contenía un salario... No conseguimos comprender lo que ha pasado, pero por otra parte no podemos dejar de establecer un lazo de unión entre ambos hechos...

Se levantó y se acercó a la mesa ante la cual se encontraban sentados el director y Puck.

—Este sobre se hallaba en el despacho —dijo—. Había cien coronas dentro. Era una cantidad que no sé por qué razón, no había sido pagada el viernes último con los salarios restantes... En efecto,

nos pagan dos veces al mes... La *roulotte* del despacho está cerca de la entrada. Al lado de la taquilla donde se expenden los tiquets de entrada, hay una pequeña habitación donde el director nos convoca cuando tiene algo que decirnos. El sobre se hallaba encima de la mesa. ¡Y ha desaparecido!

Puck escuchaba el relato de Pierre con un asombro que ya parecía consternación, y que crecía a medida que iba dándose cuenta de la situación.

El director preguntó:

—¿Qué relación hay entre la desaparición del sobre y la de su hijita?

De nuevo Pierre se encogió de hombros. Sacudió la cabeza, mientras apagaba su cigarrillo a medio fumar en el cenicero.

—No tengo la menor idea —dijo, desamparado—. Sólo que nos hemos sentido impresionados por la coincidencia de ambos acontecimientos, y me pregunto si Anita no habrá sorprendido al ladrón y le habrá perseguido... Es muy capaz de algo así, ya que es una chiquilla terriblemente temeraria... Si el ladrón se ha dado cuenta de que Anita le perseguía...

—¡Oh, no, Pierre! —exclamó Vivianne en tono suplicante. Sentada ante el espejo se estaba colocando la última capa de maquillaje—. Es horroroso pensar que tal vez...

Pero algo le decía a Puck que el tono de Vivianne no era sincero y, además, aquella historia le sonaba a falsa desde su comienzo.

—¿Tiene usted alguna razón para pensar que su hija ha visto al ladrón? —preguntó el director, también con un ligero tono escéptico en la voz—. Discúlpeme por hacerle estas preguntas, pero mi intención es sólo serles útil...

—No tiene por qué excusarse —dijo educadamente Pierre—. He visto a Anita junto a la *roulotte* del director a la hora en que el robo ha sido cometido.

Fuera se escucharon pasos. Alguien llamó a la puerta y dijo:

—¡Pierre y Vivianne, a escena dentro de cinco minutos!

—¡Ya vamos! —exclamó Pierre.

Tomaron instrumentos puestos en la mesa.

El director y Puck se levantaron. Vivianne salió y bajó la escalerilla. Los demás la imitaron.

—Si vemos a su hija, le informaremos rápidamente —dijo el señor Frank—. Nosotros debemos volver a la escuela, ¿verdad, Puck? Si ustedes encuentran a Anita, tengan la amabilidad de telefonearnos.

Puck se sentía muy apenada. Se volvió hacia Vivianne y dijo:

—¿De quién era el sobre con las cien coronas?

—De Bernardo —respondió Vivianne.

Y Pierre añadió:

—El domador, ya sabe...

Aquel dato produjo un violento impacto en Puck. No respondió nada y, al lado del director, franqueó el umbral del circo, suntuosamente iluminado. Ambos subieron al coche y emprendieron el regreso al pensionado. En aquel momento, el director murmuró:

—¡Curiosa historia! En mi opinión...

Su mirada se detuvo en Puck, quien contemplaba fijamente el paisaje. Ella asintió:

—No nos lo han dicho todo, desde luego. Estoy segura de ello. En realidad ellos están convencidos de que Anita ha robado el dinero. Incluso puede que alguien la haya visto coger el sobre. Pero no quieren decirlo, lo cual no es de extrañar, claro...

El director aprobó:

—Seguramente tienes razón. El hecho de que no hayan prevenido a la policía parece confirmar tus sospechas.

—Pero ¿qué podemos hacer nosotros?

—Nada. ¿Tienes acaso algún proyecto?

—¡Si supiera al menos dónde buscar a Anita! Creo que si pudiera hacerlo, acabaría por encontrarla —insinuó Puck.

—¡Esta noche, no! —dijo el director—. Además, ¿por dónde la buscarías?

—En el bosque. Estoy casi segura de que Anita se oculta en los alrededores. Si en realidad ella ha cogido el dinero y ha escapado por saberse sospechosa, no se habrá alejado demasiado, a pesar de lo muy impulsiva que es. ¿Puedo tratar de encontrarla, señor?

El director conducía entonces por la avenida que llevaba a la escuela. No contestó nada a la pregunta de Puck hasta haber dejado el coche en el garaje.

—Te permito salir en su busca mañana a la salida del sol —dijo—. Puedes cruzar el bosque en bicicleta o a caballo, e incluso llevarte a algunas de tus amigas. Pero antes de mañana, no.

—Gracias —dijo Puck—. Estoy contenta... Pero ¿qué será de Anita esta noche? ¿Dónde dormirá? Mientras no le ocurra nada...

—No me atrevo a dejarte ir esta noche —dijo el director—. En cambio, te permito estar ausente toda la mañana, si es preciso. Puedes pedirle a Annelise que te acompañe. Las dos estáis habituadas al bosque y no correréis grandes riesgos. Os tengo confianza. ¡Buenas noches, Puck!

Puck, a pesar de sus temores, se sentía jubilosa, mientras subía de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera que la conducía a su cuarto. Entró antes en el de Annelise y se sentó en su cama. Ésta, que ya dormía, se espabiló y se frotó los ojos mientras Puck la ponía al corriente de sus planes.

—Me parece formidable —dijo—. Pongamos los despertadores a punto para no perder un segundo. Iremos a La Gran Granja en bicicleta y allí ensillaremos dos caballos. Será «palpitante», como diría Navío... Pero ¿crees que la encontraremos?

Puck la miró gravemente:

—Así lo espero —dijo—. ¡Lo espero de todo corazón, ya que ella necesita toda nuestra ayuda, estoy segura!

* * *

Mientras Puck dormía inquieta, una muchachita temblorosa y asustada seguía el camino de Oesterby a Sundkoebing, pasando por los bosques.

Era Anita.

Cuando el director y Puck regresaban al pensionado, después de su visita a Pierre y Vivianne, Anita apenas acababa de salir del pueblo. Se había ocultado en los jardines, por miedo a ser descubierta. Su padre y su madre habían dado la vuelta a todas las *roulottes* llamando a su hija, pero Anita había tenido tiempo de irse sin ser vista, y sólo cuando tuvo la certeza de que la función de circo se hallaba en su apogeo se atrevió a emprender la huida.

Errando así en aquella fresca noche de verano, pensaba en todo lo que había sucedido en el curso de aquella tarde. De regreso al circo, después del paseo a caballo con Puck, se había puesto a reflexionar en los medios de que disponía para sacar a Einar y a su madre de las dificultades en que se hallaban y que en ningún modo merecían. Le constaba que las cien coronas representaban algo decisivo en la salud de la madre enferma y que la deuda que Einar acababa de contraer desbarataba del todo el proyecto de un caro tratamiento que hubiera podido curar sus reumatismos.

Sólo Anita conocía los grandes proyectos de Einar, quien se los había contado unos días antes. Quería enviar a su madre a una estación termal alemana, muy famosa, donde se trataba el reumatismo mediante baños de barro caliente. El resultado, según opinión del médico, sería excelente, pero el viaje y la estancia resultaban muy caros.

Aquella era la razón por la cual el muchacho había soportado con tanta paciencia los alfilerazos y la tiranía de Bernardo. Apretaba los dientes y realizaba sus tareas sin quejarse, lo que le significaba un esfuerzo casi sobrehumano. Pero en modo alguno quería perder su empleo en aquellos momentos, teniendo en cuenta que en el circo ganaba muchísimo más de lo que había estado ganando en sus trabajos en las granjas.

De regreso de su paseo por las orillas del lago Ege, Anita había pasado por delante de la *roulotte-despacho*. Del coche salían voces y, al reconocerlas, se detuvo: pertenecían al director Mascani y a Einar.

—¡Nada de eso! —decía el director—. ¿Cómo se atreve usted a molestarme con semejantes historias? El uniforme se ha estropeado y usted es el responsable. Le descontaré cien coronas de su salario. ¡Basta!

—No es culpa mía si la chaqueta se ha roto —dijo Einar—. Ha sido Bernardo quien...

—Me niego a mezclarme en este incidente —decía el director—. Mi decisión es irrevocable. Vuelva a su trabajo y no me moleste más. Le prometo descontarle la deuda en dos meses, pero eso es todo. ¡Váyase ahora!

Anita retrocedió y permaneció oculta detrás de la *roulotte*,

mientras Einar descendía los peldaños y se dirigía a la tienda del circo. Ella vio sus espaldas curvadas, y comprendió que estaba tratando inútilmente de resolver sus problemas. En el mismo momento Bernardo salió de la tienda. Ambos hombres se hallaron cara a cara. Einar dijo algo al domador, quien se puso a reír y casi gritó:

—¡Jamás de la vida! Estás loco...



Riendo, le dio la espalda para encaminarse a su *roulotte*. Einar, que le seguía con una mirada llena de odio, levantó un puño amenazador y entró en la tienda. Anita permaneció un rato inmóvil. La voz del director, que hablaba desde el despacho, llegó hasta ella:

—El dinero de Bernardo... Debe de haber algún error... Le correspondían cien coronas más... Sí, se lo he dicho... Se lo he dejado en la mesa. ¡Perfecto!

El director abandonó su *roulotte* y se encaminó hacia la entrada principal, donde le esperaba su automóvil particular. Anita le vio partir. Y una idea loca fue tomando forma en su cabecita. Estaba hasta tal punto obsesionada por aquel triste asunto, que ya no distinguía el bien del mal. Furtivamente se deslizó hacia la escalerilla de la *roulotte-despacho*. La puerta estaba abierta. En medio de la mesita redonda había un sobre amarillo. Sólo le restaba alargar la mano y... cogerlo.

* * *

Mientras caminaba por el sombrío camino, veía lo que acababa de

hacer como en un sueño. No comprendía cómo podía haber perdido la cabeza hasta tal extremo. Nunca había robado hasta entonces. Ella era una muchachita honrada, por tendencia y por educación. Su padre y su madre la adoraban, pero le constaba que la castigarían severamente si sabían que había cometido un acto contrario a la honradez.

En verdad había perdido la cabeza, así como el sentido del bien y del mal. Había alargado la mano hacia aquel tentador sobre amarillo, que contenía cien coronas, las cuales en realidad, Bernardo debía a Einar, puesto que había sido por culpa del domador que el uniforme de Einar se había desgarrado. Si las cien coronas cambiaban de propietario, no sería más que un acto de pura justicia.

Anita era muy impulsiva y no había sabido contenerse. Apretó los dedos en torno al sobre amarillo, y un instante después corrió hacia la tienda del circo para ocultarse, ya que, a continuación, comprendió que acababa de hacer una cosa terrible. Se habría dicho que el sobre le quemaba los dedos. ¡Había robado! El mero pensamiento la enloqueció había robado y ahora no sabía qué hacer para salir de tan desesperada situación.

Se ocultó en un palco vacío.

Sentada detrás de una cortina roja, con globos dorados, trató durante largo rato de apaciguar los latidos de su corazón y reunir sus ideas para trazar un plan que borrara la acción que acababa de cometer.

Todavía tenía el sobre apretujado en una mano. Dentro se notaba el billete. Lo movió entre los dedos y su ruido la asustó. Era dinero robado. Ya no era una chiquilla buena, había cometido una mala acción.

El pánico se apoderó de ella. Oculta tras la cortina, oyó de pronto voces y comprendió que habían descubierto el robo

—Yo dejé el sobre en la mesa.

—Pues ha desaparecido.

—¡Lo habrán robado!

—*¡Robado!* La terrible palabra había sido pronunciada Y ella era su autora... Aún tenía en las manos el objeto del robo.

Miró a su alrededor en busca de un lugar donde esconder el

sobre amarillo. En el palco había cuatro sillas cubiertas de fundas y deslizó el sobre bajo una de las fundas.

—¡Anita! Anita... ¿Dónde estás?

Se levantó y salió al oír la voz de su padre.

Debía de hallarse ante las caballerizas y la llamaban. La habían descubierto, por lo tanto, nunca jamás podría mirar a nadie a la cara.

De nuevo se ocultó entre las sillas, mientras las voces se alejaban. Finalmente se deslizó hacia una de las salidas y corrió a ocultarse detrás de uno de los coches. De vez en cuando veía a su padre junto a las caballerizas y del otro lado a varios artistas montando un número de equilibristas. Un obrero pasó junto a ella, lo que Anita aprovechó para lanzarse en sentido contrario hacia la salida. Un instante después, estaba al otro lado de la barrera.

* * *

Permaneció oculta durante más de dos horas, hasta el momento en que la fanfarria circense ensordeció de música los alrededores. Sólo entonces se atrevió a alejarse de Oesterby. No había ido muy lejos aún, cuando escuchó acercarse un coche. Rápidamente se ocultó tras unos matorrales, desde donde vio pasar el coche del director de la escuela, pero no pudo ver a Puck, ya que la figura del señor Frank la ocultaba. El coche desapareció en un recodo y Anita prosiguió su triste marcha.

Hacía frío y ella no llevaba abrigo alguno. Para montar se había puesto pantalones y suéter, ya que en aquellas horas la temperatura era suave y hacía sol. Pero, por la tarde refrescaba. Tembló y apresuró el paso. Mientras caminara, el movimiento la mantendría en relativo calor. Pero ¿y cuando la fatiga la obligara a detenerse?

Ante ella se extendía el bosque donde con seguridad hallaría un lugar donde refugiarse. Se prepararía un escondite con hojas secas y trataría de pasar así la noche sin sufrir demasiado a causa del frío.

A decir verdad, una noche bajo el cielo no la asustaba. Pero se hallaba en una desesperada situación y por ello lloraba silenciosamente, mientras avanzaba por la carretera principal, en

dirección al bosque del Oeste.

— XII —

Aquella noche había otras dos personas fuera, y ocurrieron acontecimientos que habían de tener gran importancia para Anita y los suyos, así como para Puck, que dormía en su habitación del Trébol de Cuatro Hojas, mientras su despertador hacía tic-tac en su mesilla de noche.

Acabada la representación y cuando ya toda la gente del circo se hallaba a punto de acostarse, Einar quiso probar una vez más el salir airoso de la situación en la cual había fracasado, a pesar suyo.

Era una resolución difícil de tomar, ya que tenía más orgullo del que denotaba su apariencia humilde. Si había aceptado la tiranía de Bernardo, era exclusivamente a causa de su madre enferma. Más de una vez había debido refrenar su ira ante las afrentas del domador. En aquellos instantes, en la noche fresca, ante la *roulotte* de Bernardo, luchaba con su orgullo, que temía verse de nuevo humillado.

Finalmente, habiendo desechado sus dudas, subió los escalones y llamó a la puerta.

Bernardo estaba sentado ante su mesa y hablaba con una damita que formaba parte del número de los equilibristas, «Cuatro Tornados». Ante él había vasos y botellas. Entre los labios, sostenía un cigarrillo. Cuando se abrió la puerta, levantó los ojos y con voz que reveló su irritación, preguntó:

—¡Vaya, aquí está nuestro bien dotado amiguito! ¿Qué quieres?

—Yo... quisiera hablarle —tartamudeó Einar.

—No tengo tiempo. ¿De qué quieres hablarme? ¿Tienes

dificultades de nuevo?

Antes de que Einar tuviera tiempo de contestar, la joven dama preguntó:

—¿Tenemos dificultades con el leopardo? Me ha parecido muy agitado esta noche en la actuación. Es muy peligroso, ¿verdad?

Bernardo se encogió de hombros.

—Peligroso... Sí, puede decirse así... Los animales nacidos en cautiverio son siempre peligrosos, ya que les consta que en el fondo los hombres nada podemos contra ellos. Los animales salvajes tienen la idea de que el hombre les es superior y por tanto es más fácil atemorizarles. Pero Lucy, mi leopardo hembra, nacido en cautiverio, es el diablo mismo cuando se enoja. Pero, al mismo tiempo, esto aumentó su valor y su belleza, y yo sé dominarlo...

La muchacha le miró con admiración. Bernardo saboreó su triunfo.

Se volvió hacia Einar:

—Bien ¿de qué se trata? —preguntó.

Einar no se esperaba la presencia de una tercera persona y le parecía doblemente difícil decir lo que le acongojaba. Miró a la joven artista. No podía en modo alguno pedirle que saliera.

—¡Deja de mirarlo todo con ojos bobos! —dijo Bernardo, duramente—. ¿Qué querías?

—Es... referente a las cien coronas... —comenzó Einar. Bernardo se levantó. Sus ojos despedían llamas.

—¿Qué cien coronas? ¿Las que me han robado? ¿De esas querías hablar? ¡Responde!

—No, no... De ningún modo... —dijo turbado, ya que nada sabía del robo.

Sacudió la cabeza, incapaz de expresarse. Bernardo se levantó, se acercó a él y le agarró por un brazo.

—Únicamente quería que si usted... Las cien coronas...

—Tú sabes algo de las cien coronas, ¿no es así?

Einar trataba en vano de desasirse de la presa que Bernardo hacía en su brazo.

—Si me has cogido el dinero —exclamó Bernardo, junto al rostro de Einar—, devuélvemelo antes de que llame a la policía.

—Pero si yo no he cogido nada...

Ignoraba de qué dinero estaba hablando Bernardo. Éste le soltó.

—¡Ladrón! —dijo—. Vete y felicítate de que yo no haya...

Levantó un brazo como para golpearle. La damita gritó y Bernardo recobró su sangre fría. Dejó caer el brazo y señaló la puerta:

—¡Vete!

Einar salió de la roulotte. Ardía en ira contenida. Además de ser humillado, desdeñado, tiranizado, ahora le trataban de ladrón. Aquello era ya pasarse de la raya.

Perdió el dominio de sí. Medio aturdido se dirigió a la jaula de las fieras. ¡El momento de la venganza había llegado! Bernardo sabría ahora lo que se siente cuando se sufre una pérdida. Ahora... Ahora...



Agarró el barrote que cerraba la jaula del leopardo. Lo sacudió hasta conseguir sacarlo. Después dio media vuelta y echó a correr. Corrió como si le persiguieran no una, sino mil fieras salvajes. Atravesó la ciudad como un loco, y, campo a través, se dirigió hacia el norte, por los campos, para ganar el bosque... No sabía a dónde ir, pero sólo tenía conciencia de su respiración fatigosa y de un desbordante sentimiento de triunfo.

La venganza estaba próxima. Ahora... Ahora...

* * *

Cada noche, antes de acostarse, Bernardo iba a echar una ojeada a las fieras. Las observaba en la penumbra, con el látigo en mano, y aprovechaba aquella visita para hacer sentir a los cuatro animales

su poder sobre ellos. Aquella noche le acompañaba la damita de los «Cuatro Tornados». Y se pavoneaba encantado de poder lucirse ante ella. El leopardo iba y venía en su jaula como de costumbre, y al ver a su domador gruñó. Las tres restantes fieras se levantaron y miraron a Bernardo con miradas átonas.

—¿Son taimados? —preguntó la muchacha.

—¡Oh, sí! —respondió Bernardo—. Parecen tranquilas, pero no hay que confiarse nunca.

Golpeó los barrotes con su látigo. El tigre levantó una pata y gruñó como un gato. El leopardo iba y venía en su estrecha prisión. Era la única fiera que mostraba un poco de fuerza y temperamento. Bernardo llegó ante ella y golpeó también sus barrotes con el látigo.

—Y bien, Lucy, ¿cómo estás?

Trató de atrapar la cabeza del animal con el látigo, pero él se esquivaba rápidamente.

—Está bien, Lucy, está bien...

El animal pareció encogerse y saltó contra los barrotes.

Bernardo echó la cabeza hacia atrás y rió a carcajadas.

—¡Así es como hay que tratarte! —dijo, mirando de reojo a la damita que contemplaba con admiración la escena—. Debe aprender que soy su dueño... Así, Lucy... Así.

En aquel instante la puerta de la jaula se movió, y empezó a abrirse lentamente, mientras el leopardo se preparaba para un nuevo salto. Bernardo abrió tanto los ojos que éstos parecieron saltarle de las órbitas. Hizo un ademán hacia delante, como para cerrar la puerta, pero en el mismo momento el animal saltó y Bernardo retrocedió vivamente, con un grito de espanto. Estuvo a punto de hacer caer a la joven artista, a quien gritó:

—¡Váyase, huya rápido! Va a salir de la jaula...

—Sí, pero...

La muchacha tenía la impresión de que si Bernardo se precipitaba a cerrar la puerta nada ocurriría, pero no se atrevía a hacerlo ella. Y como fuera que el domador había echado a correr con todas sus fuerzas, le siguió, a través de la plaza, desierta en aquellas horas, gritando.

Bernardo se precipitó a la *roulotte* sin un solo gesto para ayudar a la muchacha. De un salto subió los peldaños, abrió, entró y cerró

ante las narices de la asustada joven.

De pie en la escalera, ella sentía su sangre helarse de angustia. Golpeó la puerta con el puño.

—¡Abra, abra!

Bernardo entreabrió con precaución y miró hacia fuera. Jamás podría olvidar la muchacha la cara de miedo que el domador tenía en aquellos instantes.

—Cuidado, mucho cuidado... —murmuró.

—Déjeme entrar —suplicó ella con voz ronca, y empujando la puerta. Entró. Antes de cerrar y a la luz que se proyectó hacia fuera, pudo ver al leopardo desaparecer entre las ruedas de la *roulotte*. Cerró rápidamente y con la espalda apoyada en la puerta, miró a Bernardo, que aparecía con toda la miseria de sus debilidades. Nada quedaba de su superioridad, de su orgullo, de sus fanfarronadas.

—¡Bien, bien! —exclamó la chica, en su emoción—. Es usted todo un héroe.

Jadeante todavía por la carrera, atenazado de pánico, Bernardo parecía arrastrarse ante ella como un gusano.

—Es que es mortalmente peligroso —aventuró, para defenderse. La muchacha le miró con desdén.

—Yo creía —dijo ella glacialmente— que era usted quien dominaba a las fieras, no ellas a usted.

Bernardo no respondió y bajó la vista. Al cabo de un rato, murmuró:

—Pero ¿cómo pudo abrirse la puerta?... Probablemente ha sido Einar... ¡Me ocuparé de él!

—Por el momento lo mejor que puede usted hacer es ocuparse de esa fiera mortalmente peligrosa y tratar de encerrarla. ¡Le quedaré muy agradecida si así lo hace!

—Eso es fácil de decir, pero...

Ella abrió los ojos con asombro:

—Entonces ¿tiene intención de permanecer cruzado de brazos mientras un leopardo anda suelto y amenaza la vida de todos?

—No, no, pero ¿qué puedo hacer?

Bernardo había perdido por completo el dominio de sí.

—Podríamos prevenir a la policía —dijo finalmente—. Ya que usted de todos modos tendrá que salir para ir a su propia *roulotte*,

¿no podría...?

—¡No asomaré la nariz fuera mientras ese leopardo ande suelto! Tengo miedo... y probablemente también usted lo tiene.

Haciendo un gran esfuerzo, Bernardo entreabrió la puerta. En la noche, se oyó un lejano ruido. Luego todo quedó en silencio.

El domador permaneció atento un buen rato y al cabo sacudió la cabeza.

—Se ha ido lejos —dijo—. Podremos pedir socorro... Abrió del todo la puerta, pero sin atreverse a salir.

—¡Jamás olvidaré su gran valor y heroicidad! —dijo la joven artista.

Le empujó para pasar y salió, en dirección a su propio vehículo, sin dignarse dar una sola ojeada hacia atrás. Bernardo permaneció inmóvil durante unos minutos todavía, y al final, con mil precauciones, osó salir y dirigirse al vehículo del director.

Las luces estaban apagadas. Después de haber dudado un instante, Bernardo llamó a la puerta. Una voz llena de sueño le respondió desde el interior:

—¿Quién es?

—Bernardo. Debo hablarle...

—¿A estas horas? ¿Qué ocurre?

—Mi leopardo ha escapado...

La luz se encendió en el acto.

Un segundo después el director Mascani apareció en el dintel.

Se había puesto un batín sobre el pijama.

—¿Cómo ha dicho? Repítalo...

—El leopardo ha desaparecido. ¡Se ha escapado!

—¡Dios Santo! Hay que encontrarlo en seguida, antes de que ocurra una desgracia.

—¿Qué vamos a hacer?

Bernardo tuvo un gesto de desesperación.

—Ah, si yo lo supiera... Debemos prevenir a la policía

—¿No podríamos capturarlo nosotros mismos? Habrá un escándalo si se sabe que hemos dejado escapar una fiera. Es una mala publicidad. La policía también nos dará problemas. ¿No podría dirigir usted la búsqueda? Después de todo es el domador, qué demonios...

Una mirada irritada atravesó a Bernardo, que se quedó encogido sin saber qué decir. Resultaba evidente que estaba aterrorizado.

—Prevendré a varios de los hombres. Entre y tome un vaso de oporto para darse ánimos. ¡En mi vida había visto...!

Era evidente que el director se había interrumpido para no insultarle.

Durante varias horas la búsqueda prosiguió por el pueblo y a través de los campos, sin que se hallara huella alguna del leopardo. Ya apuntaba el alba cuando las gentes del circo, descorazonadas y temblorosas, regresaron.

Entre todos, Bernardo era quien más abatido estaba.

* * *

Hacía fresco en la hora en que Puck y Annelise se dirigían a la Gran Granja para recoger los caballos. Estaban temblorosas y deseaban ardientemente una caliente taza de té. Pero no disponían de tiempo para ello, así que tomaron sus bicicletas y se dirigieron hacia la carretera principal. Iban bien equipadas, con un grueso jersey encima del equipo de montar y un impermeable. En cuanto estuvieran sobre sus monturas, el frío matinal desaparecería.

El palafrenero de la Gran Granja les ayudó a ensillar los caballos y poco tiempo después las dos muchachitas partieron a galope hacia el bosque del Oeste.

—¿Y cómo podemos encontrar a la chiquita del circo? —preguntó Annelise—. Tal vez no se encuentre en el bosque, y aún en el caso de que sí estuviera, sería conveniente establecer un plan de búsqueda.

—Estuve reflexionando —reconoció Puck—. Pero sólo debemos hacer una cosa: recorrer el bosque minuciosamente.

—Sí —dijo Annelise, de malhumor por una vez—. ¡Desde el lago hasta el bosque del Norte! Pueden pasar días antes de que la encontremos.

—La situación no es mala —dijo Puck, animosa—. Estuve pensando en que si yo me hallara en el lugar de Anita, y puesto que el camino que conduce hasta allí está lleno de buenos escondites, yo

habría escogido el bosque del Oeste para ocultarme.

—Eso me parece lógico, pero el bosque del Oeste es inmenso. ¿Dónde te ocultarías tú?

Puck se encogió de hombros.

—Es muy difícil responder a esta pregunta. Anita no conoce el bosque como nosotras y además llegó a él por la noche, así que no siguió ningún plan determinado.

Una vez llegadas al bosque, las muchachitas decidieron separarse para buscar cada cual por su lado, a partir de la casa del guardabosque. Una hora pasó rápidamente.

De vez en cuando, se entreveían por entre los árboles. La inquietud de Puck crecía poco a poco. Interiormente había estado alimentando la esperanza de encontrar a la desaparecida rápidamente, no obstante todavía no había visto la menor huella de Anita.

De pronto, vio a un hombre apartarse de la carretera para entrar en el bosque y pudo reconocer en él al juglar Pierre. Deteniendo su caballo, le llamó y Pierre corrió hacia ella.

—Puck... ¿Qué haces aquí a estas horas?

Estaba pálido y parecía muy nervioso. Se veía claramente que no había dormido en toda la noche.

—Estoy buscando a Anita —dijo Puck—. Una de mis amigas me ayuda... Mire, está allí...

—Hay que encontrarla —dijo Pierre—. Hay que encontrarla antes de que sea demasiado tarde...

—¿Demasiado tarde? Sin embargo... No puede ocurrirle nada.

Pero, cuando Pierre le habló del leopardo, Puck estuvo a punto de desmayarse. ¡Una peligrosa fiera! ¡En libertad...! Y probablemente en el bosque...

Sintió un terror tal que tuvo que hacer un esfuerzo para reaccionar. «No es este el momento de tener miedo, —se dijo—. Hay que actuar». Y haciendo dar la vuelta a su montura, gritó a Pierre:

—Permanezcamos en contacto. Si describimos círculos alrededor de nosotros mismos, no nos perderemos nunca de vista. Voy a prevenir a Annelise.



Puck había recobrado la sangre fría. La situación lo exigía. Fue al encuentro de Annelise y la puso al corriente de su proyecto. Durante una hora el padre de Anita y las dos muchachitas estuvieron aún buscando a Anita, febrilmente.

De pronto Puck se irguió en su silla y miró ante sí con intensidad.

Le parecía haber visto agitarse los arbustos que se encontraban un poco más lejos. Pero ahora no veía nada. Azuzando su caballo, penetró a través del ramaje y entonces vio algo de color castaño moverse deslizándose detrás de un matorral. Avanzó un poco más y en aquel instante su caballo piafó inquietamente. Entonces Puck vio al leopardo, tendido al pie de una vieja encina y dispuesto a saltar.

Y... a Anita en medio de los arbustos.



Deslizándose con grandes fatigas, ella intentaba apartarse del árbol. Al acto Puck se hizo cargo de la situación.

Sin duda Anita se había caído, rompiéndose o torciéndose un pie. No pudiendo apoyarse en sus pies, trataba de apartarse a rastras del árbol. Gemía, lloraba, se agarraba a las ramas... e iba a ser pronto presa fácil del leopardo. De nuevo el caballo de Puck olió el peligro y se irguió, estando a punto de derribar a su gentil amazona. No obstante, Puck consiguió dominarlo y lo condujo a la izquierda del árbol. Presa de súbito impulso, levantó su fusta y la lanzó en dirección del leopardo. Instintivamente, la chiquilla dirigió un pensamiento de agradecimiento al profesor de gimnasia que le había enseñado a calcular un lanzamiento, ya que la fusta alcanzó una de las patas traseras del animal, el cual se volvió furioso hacia su agresor.

—¡Sigue alejándote, Anita! —gritó Puck—. Trataré de mantenerlo alejado.

Lo esencial era alejar el leopardo de Anita. Ya se vería más tarde la forma de capturarlo. Puck se inclinó, recogió una rama que estaba en el suelo y la lanzó contra la fiera, sin tocarle esta vez. Sin embargo, la rama rozó el hocico del animal, el cual trepó a una rama del árbol.

Entonces Puck gritó pidiendo socorro con todas sus fuerzas, y pronto escuchó los precipitados pasos de Pierre, acercándose. Puck saltó de su montura, que ató a un tronco próximo, y se acercó a prestar auxilio a Anita, mientras gritaba a Annelise que fuera a prevenir a la policía.

—¡Telefonea desde la casa del guardabosques!

Y Annelise respondió:

—Voy inmediatamente.

Y desapareció entre los árboles. Puck se inclinó hacia Anita:

—¿Qué te ocurre?

—Mi pie... Me caí... Oh, Puck, he pasado tanto miedo...

—No te preocupes ahora —dijo Puck—. Dentro de poco estarás en tu casa... Y tu padre está aquí.

Pierre estaba ya junto a ellas, sin dejar de vigilar al leopardo que permanecía en la copa del árbol, pero su inquietud había dado paso a un inmenso alivio, al hallar viva a su hija.

—¿Cómo se te ocurrió escaparte de este modo? —preguntó, sin ningún reproche en la voz.

Anita le miró a los ojos.

—Es que fui yo quien cogió las cien coronas —murmuró—. Desde el primer momento comprendí que había hecho mal, pero ya era demasiado tarde para devolverlas y entonces...

—Y entonces te escapaste. Sí, acabé por comprenderlo —dijo Pierre—. Ahora estoy al corriente de la historia entre Einar y Bernardo, y la chaqueta rota. Ha sido Einar quien ha abierto la jaula del leopardo, porque Bernardo se negaba a pagarle la chaqueta y además le acusaba de haber cogido el dinero. Bernardo se lo ha confesado todo al director. Cuando Bernardo ha visto salir al leopardo de la jaula se ha mostrado tan cobarde, que ha perdido la simpatía de todos... Las cosas han sucedido de manera extraña... Pero el señor Mascani ha sabido arreglar todo.

—Sí, pero ¿dónde está Einar ahora?

—Le hemos encontrado... No le sucederá nada. El director le ha perdonado. Una vez se haya conseguido enjaular de nuevo la fiera, todo estará en orden. Pero Bernardo ha decidido hacer las maletas y marcharse del circo.

* * *

Aquella misma noche los alumnos del pensionado de Egeborg fueron invitados al «*Circo Mascani*».

Había sido preciso suprimir dos números del programa: el de la amazona Anita que se había torcido un pie y debía contentarse en permanecer sentada entre los espectadores, y el de Bernardo, cuya ausencia nadie pareció lamentar.

Cuando la policía de socorro hubo capturado el leopardo con la ayuda de algunas redes, Bernardo se había ido ya a Copenhague y nadie deseaba su vuelta.

A pesar de los dos números suspendidos, aquélla fue una noche de gala maravillosa, con soberbios caballos y ligeros acróbatas, y los ejercicios de los equilibristas «Cuatro Tornados», los payasos y los fenomenales juglares «Pierre y Vivianne». El jefe de las caballerías, señor Untermeyer estaba radiante, en medio de sus hermosos caballos, por saber fuera de todo peligro a su amiguita Anita.

—¡Qué suerte habernos librado de Bernardo! —dijo a Puck, en el entreacto—. Era un bruto.

—Pero, dígame, ¿dónde fue a parar el sobre de las cien coronas? —preguntó Puck—. No he querido interrogar a Anita, para no molestarla más.

—Ella lo ocultó debajo del asiento número cinco —explicó él—. Se lo dimos a Bernardo, quien lo entregó al director para pagar la chaqueta. ¡Todo está bien!

Sí, todo está bien. Puck tenía el corazón alegre, sus amigos estaban felices y el señor Frank le había dicho que era una muchachita incomparable, puesto que había sabido salir en ayuda de Anita.

Además de aquellas alabanzas, un telegrama llegado de Valparaíso había acabado de redondear su felicidad.

«Largo reposo necesario, pero fuera de peligro. Mil afectuosos saludos».

«Sí —pensó Puck—. Todo va bien».

El director Mascani acabó el programa con su gran número de doma en libertad. Los aplausos estallaron ruidosamente hasta que él pidió silencio con un gesto. Quería decir unas palabras.

—Me gustaría pronunciar un discurso en honor de una personita, pero estoy seguro de que ésta no lo desea —dijo, dirigiendo un signo amistoso en dirección de Puck, que se puso roja como una cereza.

El director prosiguió:

—En su lugar, propongo que gitemos un triple hurra por la camaradería, que tiene como consecuencia el valor, el espíritu de decisión y la devoción. ¡Viva la buena camaradería!

Los hurras resonaron bajo la cúpula del circo, y Annelise llenó de puñetazos amistosos las costillas de Puck, murmurando:

—¡Mis felicitaciones, chica!

Puck se sentía a la vez orgullosa e intimidada, sobre todo cuando Anita, desde su asiento, le tomó la mano y se la estrechó con fuerza.

No se dijeron nada, pero no era necesario.

Se comprendían muy bien.

∞